Primer año. Núm. 4 Ejemplar: 10 céntimos. SABADO 10 Junio 1916

LA SEMANA

REVISTA POPULAR. 10, Carrera S. Jerónimo, MADRID

LA FIESTA DE LA FLOR EN MADRID

Mesa presidida por la señora condesa de Romanones, acompañada de las hermosas señoritas de Gabaldá, una de las más visitadas. *(Foto J. Larregla.)*

S. M. el Rey, que durante todo el día de la fiesta, se vió, como aparece en la fotografía, acosado por lindas postulantes. *(Foto Marín-Ortiz.)*

EL «HAMPSHIRE», HUNDIDO

ord Kitchener, cuya vida de luchas y esfuerzos, tan ecuentes como beneficiosos a su patria, ha tenido un ágico fin, constituyendo una pérdida insustituible para Inglaterra en estos críticos momentos.

La tiple de Eslava, Laurita Pinillos, recaudando en la Gran Peña. *(Foto J. Larregla.)*

HUÉSPED ILUSTRE

El ex ministro colombiano D. Ramón González Valencia, que está pasando una tem-

UN GRAN ESTADISTA

El ministro de Hacienda, D. Santiago Alba, joven e ilustre estadista, que tras su reciente gran discurso sobre el estado de la Hacienda pública, es considerado por amigos y adversarios políticos como la más

Biblioteca Nacional de España

LA SEMANA

Año I 10 Junio 1916 Núm. 4

LA NUBE CATALANA

Ya está ahí, como en los buenos tiempos en que Polavieja lanzó su Manifiesto regionalista, y en que Silvela, tras de haber leído a Parnell, puso a Durán y Bas, como un símbolo, en el banco azul.

Ya está ahí, como en los buenos tiempos en que Dato fué apedreado por las barretinas de Reus, y en que Julio Amado y Martos O'Oneale publicaron un libro con la cubierta rojo y gualda.

Ya está ahí, como en los buenos tiempos en que Canalejas, durante sus campañas «del ostracismo», recogía de las campañas sicilianas de Nunzio Nasi metáforas alentadoras para el Fomento y para la «Lliga».

Ya está ahí, como en los buenos tiempos en que Maura, incubando el proyecto de Administración local, como una clueca sus polluelos, no daba un paso ni siquiera «hacía» una frase sin consultarlos con Cambó.

Ya está ahí, como en los buenos tiempos en que Dato, haciendo su segunda salida, asistía al Liceo y al Fomento como rehén cautivo de la futura Mancomunidad, concedida por un decreto de Sánchez Guerra.

Ya está ahí, como en los buenos tiempos en que Romanones concedía por telégrafo, tras la dimisión de Sala, el proyecto de zonas francas...

Ya está ahí la nube catalana, en cuyo seno obscuro se han ido condensando las caricaturas del *Cu-Cú* y los asaltos a su redacción; el «terrorismo» y los gobernadores despreocupados y galantes; los «jóvenes bárbaros» y los «requetés» jaimistas; los «aplechs» con misa, sermón y banderas del Pretendiente, y los mítines, con «vinos de honor», «damas rojas» y banderas negras; los incendios de la semana trágica» y los fusilamientos de Monjuich; el cierre de la Bolsa de Barcelona y la llegada de banqueros a Madrid, logrando créditos de veinte millones con la garantía del Banco de España; la «Lliga del bon mot» y las cupletistas desnudas rifándose en el Paralelo.

Ya está ahí la nube catalana, acaso sin payeses, ni pescadores, sin la montaña y sin el mar; pero con fabricantes y con obreros, con diputados, concejales y senadores; con periódicos, Ateneos, Fomentos, «Lligas»; esto es, con las ciudades, motores de la región. Quien dude de que pescadores y payeses han de seguir a la ciudad, dudará de que el pensamiento guíe a la mano y el timonel la embarcación.

Ya está ahí la nube catalana, que no ha surgido solamente por un milagro de literatura melancólica, sino también por una perdurable repugnancia entre la audacia y la debilidad, la tenacidad y la pereza, la preparación y el encogimiento de hombros, la fe, que mueve las montañas, y el retruécano, que las grietea; por una repugnancia de veinte años entre el catalanismo de todas castas y el Salón de Conferencias, de todos los matices.

Ya está ahí la nube catalana, que no se forma solamente por los vapores iracundos de Prat de la Riba, ni por los arqueológicos de Puig y Cadafach, ni por los líricos de Morera y de Pahissa, ni por los literarios de Picó y de Carner, ni por los crematísticos de Corominas, ni siquiera por los casuísticos, oportunistas y bloquistas de Cambó, aliado de Maura y enemigo de Maura, enemigo de Lerroux y aliado de Lerroux; porque esa nube catalana también guarda en su seno los vapores entrecortados, discontinuos, sin plan ni método, de todos, absolutamente de todos, los políticos españoles; de todos, absolutamente de todos los periódicos españoles; de todos, absolutamente de todos, los publicistas españoles.

Quienquiera persuadirse de ello, no tiene más que repasar los debates parlamentarios, desde el originado con su Manifiesto por el «general cristiano», hasta el que, en las últimas Cortes, promovió Cambó, en su «cuerpo a cuerpo» con Cierva.

¿Qué político no alentó con promesas las ambiciones catalanas? Todos, en todos los partidos, en todas las mayorías, en todas las minorías. Silvela, Maura, Sánchez Toca, Mella, Moret, Dato, Canalejas, Romanones, Melquiades Alvarez, Lerroux.

¿Qué periódico quiso o supo mantenerse en esferas de serenidad y desapasionamiento al juzgarlas? Ninguno; todos fueron apasionados en pro o en contra, por carta de menos o por carta de más.

¿Qué publicista supo sistematizarlas y divulgarlas con perseverancia y lucidez? Ni uno solo; todos pecaron por defecto o por exceso; o por aduladores o por desdeñosos.

Esta es la verdad pura, sin trampa ni cartón, sin humildad y sin énfasis. Esta es la contrición a que todos, chicos y grandes, estamos obligados como españoles. Ya está ahí la nube catalana; posible es que, como otras veces, se disipe sin el rumor de un trueno; mas también es posible—la atmósfera política y social es densísima—que ahora no se disipe sin descargar trágicamente.

Por ello hay que aprestarse a resolver este problema de una vez para siempre y sin levantar mano, con seriedad y sin fatiga, con alto espíritu español que, siendo alto y español, será catalán. El Parlamento no debe cerrarse sin resolver el problema catalanista; si hace calor, más calor hace en los trigales, en las locomotoras y junto a las calderas de una fábrica.

Silvela pudo hablar, con su elegante ironía, de las «imperiosas vacaciones», porque entonces no había una guerra mundial, ni una enmienda regionalista pidiendo Asamblea Catalana y Poder Ejecutivo catalán.

En circunstancias tan difíciles, la excusa del «calor parlamentario» ni es elegante, ni siquiera irónica. Y un decreto de suspensión de sesiones no sería un decreto, sino un ¡Viva la Pepa!...

Cristóbal de Castro

CON LA MANO EN LA NARIZ

Digno de ser cantado como el descenso de Orfeo a los infiernos, es el del alcalde de esta corte al mundo inferior de sus alcantarillas. Hasta ahora, es el único acto que puede referirse del duque de Almodóvar del Valle, en su paso por la Alcaldía de Madrid.

No se trata ciertamente del mejor aroma para su espléndida barba asiria, fiel trasunto de la que ostentaba con admiración de las gentes el magnífico sátrapa Farnabazo, pero hay que convenir en que el señor que se siente con el valor bastante para arriesgarse en el misterioso laberinto de los cien mil recovecos municipales, ya está capacitado para pasearse por las cloacas, como quien se recrea caminando por los jardines de Aranjuez.

¡Oh, manes de Vespasiano! y memoria también de Alonso de Arce, que fué quien el año 1735 formuló el primer proyecto de alcantarillado para Madrid. Todo el agua de los diferentes viajes, el del Retamar, de la Fuente la Reina, del alto y bajo Abroñigal, de Pajaritos, del conde de Salinas, de San Dámaso, alto y bajo del Retiro, de la Castellana, y de la Alcubilla, mas el caudal que trae la corriente del Lozoya, es poca cosa para lavar tanta inmundicia, como el flamante corregidor de estavilla ha tenido que hallar ante su vista en la correría municipe con que le han obsequiado, y de la cual todavía no ha visto más que un poco.

«Los perfumes de Barcelona», ya clásicos, resultan algo grato, como finísimo ámbar, comparados con estos que han venido a herir a tan aristocráticas narices. Sólo que, como no se ve, a muchos les parece que no se huele. ¡Hay tanta gente a quien le falta un sentido y a veces dos!

Ese viaje del alcalde por la alcantarilla, nos recuerda un pasaje admirable de «Los miserables», de Victor Hugo (de quien ya habrán ustedes oído decir a algunos que era un pedazo de congrio), y rememora entre nosotros algunas evasiones rateriles. Hoy por hoy, el hecho tiene un aspecto de película.

El paseo resultó desagradable para el duque y más desagradable todavía para el arquitecto jefe del servicio, pues como es sabido lo único que el alcalde sacó en limpio de tan sucio lugar fué la necesidad de dejar suspenso de empleo y sueldo a quien por lo visto y olido ni cumplía con lo primero ni se ganaba lo segundo. Quejábase el corregidor de su tránsito por aquellas vías subterráneas. ¡Pero hombre! ¡Pues no parece sino que arriba, por las llamadas calles de la población, se puede andar con más comodidad y desembarazo!

Menos el rico: ¡Agua va! que aun así y todo en algunos parajes de la corte todavía subsiste en forma más o menos pestilenta, la cosa está como antaño, y a veces y en determinadas horas del día es una realidad prolongada a través del tiempo y del espacio la querrella de Iriarte:

Si por la laguna estigia
juró el Tonante hasta aquí
hoy jura por la marea
de las calles de Madrid.

Sólo en dos lugares, y ambos de la misma plaza, la Puerta del Sol, existe la perfección de que los ciudadanos, topos de la limpieza, acudan bajo tierra a expansionar su cuerpo serrano. Y esta maravilla de modernidad, circunscrita sólo al paraje indicado, porque los habitantes de la corte que no acuden por la Puerta del Sol, no importa que den salida a sus existencias en el nivel de suelo y ostentosamente, a ser posible, que si que lo es, lleva al ánimo del curioso hasta recordar los tiempos heroicos de ese menester público.

Allá, al principio del siglo XIX, existía un oficio cumplido con la gravedad de un importante ministerio. Había unos hombres que se llamaban los «bacineros», y ya de la enunciación de su nombre fácilmente se colige la clase y la exteriorización de su industria. Esos tales, se situaban en los alrededores de la plaza de toros, los días de corrida, y en general, allí donde supiesen que al aire libre había de verificarse alguna aglomeración de gente. Sujeta de una correa que les cruzaba el cuerpo en bandolera, llevaban la vasija que debía contribuir al alivio ajeno y a la carga del bolsillo propio. Cubríanse con unas enormes capas que les servían para tapar el establecimiento, y cuando se instalaban y acudía la parroquia, esa misma capa, exten-

Biblioteca Nacional de España

diendo ellos los brazos, utilizábase como biombo tras el cual el cliente, libre de las miradas indiscretas, atendía a las más perentorias exigencias de su vil materia. Entre tanto el bacinero, que debía tener insensibitizadas las narices, pregonaba el precio del servicio según su calidad.

—A cuarto lo mayor y a ochavo lo menor.

Aquellos hombres beneméritos, como ahora las guardianas de los kioscos de necesidad, pasaban por el horrible destino de que fuese necesario que los demás descomiesen para que ellos comieran. Y a su vez, pasaron también a la historia como tantas otras cosas pintorescas pero malolientes.

La práctica urbana consistía en poner a tributo los portales de las casas para la satisfacción de toda clase de imperiosos mandatos del interior del individuo. Así, cuando en los últimos tiempos del reinado de Fernando VII, se estableció en el callejón de la Duda, a la entrada de las calles de Arenal y Mayor el primer pabellón público, destinado a esos menesteres, asombró la novedad del intento. Hallábase aquel amable refugio instalado tras una linda galería de cristales y disimulado su fin con una profusión de plantas y de flores que adornaban el acceso al local. Admiró la gracia y utilidad del invento y se le tributaron grandes elogios; pero no tardó en quebrar el establecimiento. La gente acudía a contemplarlo y admirarlo por fuera, y luego, aunque le hiciese falta, no entraba. Las damas por una preocupación absurda y la mayor parte de los hombres porque les parecía más práctico y sobre todo más barato el procedimiento antiguo.

Los menesteres menores estuvieron desatendidos hasta mediados del siglo XIX. Cuando en 1846 se dispuso la colocación de la primera columna mingitoria que se alzó en Madrid, el hecho tuvo honores de acontecimiento solemne. Durante algunos días no se habló en la corte de otra cosa. Y el propio «Fray Gerundio», el ingeniosísimo D. Modesto Lafuente, dedica a ese suceso un capítulo en su «Teatro Social del siglo XIX». La columna artesiana, como también se la llamaba, estaba emplazada en la Puerta del Sol, como todos los primeros intentos de su género. Estaba en la esquina izquierda de la calle de Carretas, y fuera de la acera, con lo que quienes querían aprovecharse de su uso sufrían la amenaza constante del paso de los coches.

«Fray Gerundio» refiere donosamente las ventajas de la situación de aquel monumento, recordando que al actor le estaban viendo de cerca setecientos espectadores desde siete calles a un tiempo, que son otros tantos rayos del Sol de aquella Puerta, de manera que a la hora todo Madrid podía saber que D. Fulano de Tal estaba haciendo tal cosa a la Puerta del Sol.

La garita innovada no tardó en caer, porque entre chanzas y veras, todo el mundo prefería las rinconadas de las casas, para la obediencia de los imperiosos mandatos fisiológicos. Lo cual, si bien no es signo de limpieza, no debe ser considerado de incultura, ya que en pleno siglo XX, y en grandes capitales europeas, es lo más frecuente ver las fachadas de las casas y de los monumentos más bellos y venerables con señales siempre recientes, de las prisas que le atacaron a más de un transeunte.

La historia de éstos que ahora se llaman muy finamente evacuatorios, ha pasado, en poco tiempo, de la edad heróica, a la que pudiera denominarse áurea. Son excelentes pero escasos, así como va siendo ya sobrado el tratar de estas aromáticas materias, más propias de la autoridad del doctor Ortiz de la Bombarda y del Pináculo, nuestro oloroso amigo.

No se ha vuelto a saber que el alcalde haya realizado ningún otro acto notable, desde su peregrinación por el subsuelo, entre toda clase de inmundicias, humanas, bestiales, vegetales y de toda especie.

Esta realidad, y el hecho de haberse verificado aquella e capatoria al poco tiempo de posesionarse del sillón presidencial del Ayuntamiento, conducen a suponer que, en efecto, se trataba de un intento de fuga.

Pero no le valió. Y convencido de que su sino, mientras dure en el desempeño de su cargo, ha de ser el de andar entre porquerías, tornó a la superficie de la vía pública y se resignó a seguir andando por la calle. Ahora que a falta de careta contra los gases asfixiantes, tendrá que andar con la precaución indicada en el título de este artículo. Con la mano en la nariz.

Pedro de Répide

LAS MODAS Y LA GUERRA

—¡Ay, no! Con esto de la guerra no tiene una gusto de vestirse casi nada...
—Ya lo veo, ya. Como que si la guerra sigue acabarán ustedes por ir desnudas...

MENSAJERIAS

(CONTESTACIÓN PAGADA)

Señor presidente del Congreso...

¿Qué ocurre con los «pases» en estas Cortes? Por un lado, se niegan a periódicos importantes; por otro, se conceden a periodistas que no tienen periódico. Hay periodista de diario importante que no puede entrar al Congreso y en cambio hay quien, por llamarse periodista sin tener periódico, entra allí como Pedro por su casa.

Ya sabemos que usted altera la costumbre. Pero una cosa es la costumbre y otra la justicia. ¿Es justo, Sr. Villanueva, que escritores políticos de diarios importantes no puedan presenciar los debates ni recoger impresiones de ellos en los pasillos y que en cambio pululen por los pasillos y tribunas periodistas que no tienen periódico o que, si lo tienen, no escriben, o que si escriben, no escriben cosas de política?

¿Verdad que no es justo, Sr. Villanueva?

Sr. García Prieto...

Enhorabuena, por milésima vez. ¿Con que decano del Colegio de Abogados? Vaya, vaya... Senador vitalicio, título de marqués, ex presidente del Consejo, gran cordón de Carlos III, presidente del Senado, abogado de ferrocarriles y de seguros, decano del Colegio de Abogados. ¡Y Barroso en Gracia y Justicia!

Pocos españoles tendrán tantos honores, tantas condecoraciones, tanto bufete y tantos sueldos. Pero ¡a ver si hay ni uno que tenga el talento, la cultura, la elocuencia y hasta la elegancia personal de usted! Luego dicen que si la suerte. ¡Sí, sí! ¿Y lo que le ha costado a usted subir?

D. Baldomero Argente...

Nuestro pésame, por vez milésima. Sabemos que la Comisión de Presupuestos lo ha recibido a usted de uñas. Y que Borbolla se lo ha contado a Romanones. La Comisión no quiere «técnicos» por lo visto. Verdad es que tampoco los quiso el Ayuntamiento, y por eso tampoco fué usted alcalde de Madrid. Ahora dicen que si Morote pasará a la Subsecretaría con el presidente. ¡Hay años en que no está uno para nada, don Baldomero!

A un socio del Casino...

No escriba usted a los periódicos diatribas contra los «caballitos» y loas a favor de la ruleta, porque se le conoce el juego. No hable usted tampoco de que el Casino necesita los recreos y a renglón seguido de que esa Sociedad goza de los mayores prestigios. ¡Será de los mayores recreos o «recreos mayores», como ustedes dicen! En fin, procure usted no sacar los pies del plato, porque le conocemos de sobra.

Usted es «un socio».

LOS POETAS

LAS SIMAS

¡Simas de la lujuria! Oscar Wilde, el narciso
y Verlaine, el mendigo, se hudieron en las simas;
fueron, lo que el demonio de la lujuria, quiso...
¡Ruiseñores protervos de milagrosas rimas!

La arcilla es triste y sueña con la embriaguez [sensual
como compensación de los días tediosos,
y canta la sirena del pecado mortal
los placeres sin nombre, los delirios monstruosos.

¡Es la hora del diablo! Hierve la gusanera
de la carne, en el cielo brilla el rojo Saturno.
¡Hora de aquellos Césares, con alma de ramera,
que ardiendo en el infierno de sus ansias ra- [males
se hundían en el fondo de algún burdel noc- [turno
en pos de marineros, borrachos y bestiales.

* *

¡Las simas del alcohol! Bohemia tabernaria,
la costra y el andrajo que huyen la luz del sol
sin un amor que encante la vida solitaria...
Edgar Pöe fué grande, a pesar del alcohol.

Se fatiga el espíritu y es la vida muy dura
y el vaso es un refugio de absurda poesía;
las almas paralíticas se hunden en la locura
borrachas de aguardiente y de melancolía.

¡El Alcohol, la Lujuria, monstruos de las ca- [vernas
del alma; en los prostíbulos y en las hoscas ta- [bernas
cantan las letanías del Señor Satanás!

¡Pobres amantes raros, y príncipes de rimas,
que rodaron al fondo sin fondo de estas simas
de donde no se puede salir nunca jamás!

Emilio Carrére

Biblioteca Nacional de España

CONTEMPORÁNEOS CÉLEBRES

D. AMÓS SALVADOR

Cuando llegamos a casa de D. Amós Salvador, el antiguo ex ministro liberal se halla trabajando sobre su mesa de despacho. Está preparando la respuesta al discurso de recepción de D. Amalio Gimeno, que dentro de breves días será recibido como académico de número en la de Bellas Artes.

—Mucho sentiría interrumpirle a usted—exclama el reporter.

—Nada de eso, por Dios. No faltaba más—contesta D. Amós sonriente—. Además, ya he terminado y estoy a sus órdenes.

Don Amós deja sobre la mesa las cuartillas que acaba de escribir, nos manda sentar y exclama:

—Usted dirá lo que quiere de mí.

—El primer objeto que aquí nos trae es el de hacerle a usted una que pudiéramos llamar biografía anecdótica. Claro que será breve, por tratarse de un trabajo periodístico. Y luego le haremos unas preguntas relacionadas con algunos temas de los que constituyen la actualidad política.

—Pues vamos a ver—dice D. Amós—el medio de complacerle.

—¿...?

—Actualmente tengo setenta y un años, y soy natural de Logroño. De mi infancia recuerdo pocas anécdotas, sin duda por lo lejana que está ya. Pero sí puedo decirle que tanto los chiquillos de mi tiempo como yo, dejamos bien sentada fama de rebeldía en nuestra tierra natal. Yo tenía la costumbre (costumbre muy fea, por cierto), de pegarme a diario con alguno de los chiquillos que se reunían conmigo Todos han muerto ya. El último falleció, no hace mucho tiempo, siendo coronel de Infantería. Ese fué siempre uno de mis mejores amigos y con el que más veces me he peleado.

—¿Era usted buen alumno en la escuela?

—Eso sí. De niño tuve, por lo general, los primeros puestos de la clase. Estudiaba poco, porque de pequeño ¿quién tiene afición al estudio? Sin embargo, la buena memoria que tenía, y que ya he perdido, suplía la falta de constancia para estudiarme bien las lecciones.

—¿...?

—Vine a Madrid en 1862, cuando tenía unos diez y siete años, hospedándome en una casa de la calle de la Encomienda... no recuerdo el número. En seguida empecé mi preparación para ingeniero de Caminos.

—¿Halló usted muchos obstáculos para desenvolverse?

—El primer obstáculo era yo, porque no hacía lo que debía hacer. En vez de estudiar matemáticas me dedicaba a leer a los clásicos españoles. Leía el teatro de Tirso, de Lope, Alarcón, Moreto, Rojas... todo, todo lo leía... menos las matemáticas. El que más me gustaba de los clásicos era Quevedo.

—¿Y le dieron calabazas en los exámenes?

—Algunas me dieron—contesta don Amós.—Después, añade, cuando la Revolución, nos pasábamos la vida haciendo discursos y promoviendo alborotos. En el café Universal nos reuníamos un grupo de estudiantes de los más rebeldes. Entre otros recuerdo que concurrían a las reuniones Galdós, Villanueva, el general Ochando, León y Castillo, Rodrigáñez, el senador Juanito Castillo y Luceño. Por entonces fundamos el «Club Antón Martín», que dió tanto ruido y que establecimos en la plaza del mismo nombre. Creo que el presidente era Moragas. Allí se discutía de todo. Eramos más liberales que Riego, y todos luchamos con gran entusiasmo por las ideas modernas.

—¿...?

—El político que más me apasionaba entonces era Rivero, aquel hombre tan grande por su talento como por su valor cívico.

—¿...?

—Mi verdadero protector fué Sagasta, que era mi pariente. Con él tuve una gran amistad durante cuarenta años.

—¿...?

—A esa edad fuí diputado la primera vez. Salí por Albarracín. No es extraño que tardase tanto en serlo, si se tiene en cuenta que al terminar mi carrera estuve mucho tiempo en Logroño al servicio de la Diputación y del Estado.

—¿En qué cuestiones transcendentales para la patria intervino usted?

—En este momento no es fácil recordarlas todas. Pero yo resolví solo la cuestión de los cambios. Cogí los francos en el año de 1894 estando éstos a 25, y en nueve meses los bajé a 10. Y en 1896 estaban a 28, y en cosa de cinco meses los puse a 5,50. Algunos aguafiestas dijeron que aquello fué suerte. Pero yo contesté que había sido *obra de varón*. Y prueba de ello es que en manos de los otros volvieron los francos a subir. Y otra de las cosas de que estaré siempre satisfecho es la que hice siendo ministro de Hacienda en 1906 Y es que se cerró el Presupuesto con un superávit de 160 millones de pesetas, lo

D. Amós Salvador

cual no se ha conseguido desde los Fenicios hasta nuestros días.

—¿Qué opina usted de la situación de la Hacienda?

—En eso estoy de acuerdo con las reformas de Alba, que es un chico listo.

—¿Qué libros tiene u ted publicados?

—Uno sobre el juego de pelota que firmé con el pseudónimo de *X*. Pero no sé cómo se las arreglaron para descubrirme, y cuando fuí ministro el primer artículo que leí se titulaba *De pelotari a ministro*. Además he publicado tratados de perspectiva lineal, libros sobre enseñanza, escritos sobre la solidaridad, prólogos de libros y numerosos artículos en periódicos y revistas. Pero mi especialidad han sido las contestaciones académicas, de las que llevo hechas hasta dieciocho. En eso he aventajado al propio Echegaray, que ha sido un paladín en la materia.

—¿...?

—Las crisis vendrán porque los tiempos son muy difíciles y los hombres se gastan pronto; pero no por disidencias del partido liberal, que yo no espero por ahora.

—¿...?

—Opino que eso del regionalismo andaluz no perseguirá otros fines que los del regionalismo catalán. Esto es, que se les hagan las mismas concesiones que se hacen a los catalanes.

—¿...?

—La unión de las derechas sería peligrosa, porque no tendríamos un momento de paz. Y menos con propagandistas de la talla de Mella y Maura. Llegaríamos a la guerra civil.

—¿..?

—En cuanto a la libertad de enseñanza que ahora pretenden los catalanes realizar en su propio *idioma*, estimo que ni individuos, ni corporaciones civiles, ni congregaciones religiosas, ni pueblos, ni provincias, ni regiones, pueden pretender tener a su cargo la enseñanza. Es la Nación organizada políticamente la que tiene que cuidar de ese servicio, porque es la única que está interesada en formar hombres, primero; después, ciudadanos; luego, patriotas, y, por último, en España, españoles; por consiguiente, ha de dar la enseñanza en todas partes, y la ha de dar en *castellano*.

—¿...?

—¿Quién sabe cómo terminará la guerra? Por ahora no podemos hacer sino estar preparados para acudir a tiempo, y nada más; porque ¿cómo se va a resolver un problema que se desconoce todavía? Al Gobierno no se le puede pedir sino que viva ojo avizor para que al terminar el conflicto tome las resoluciones que la situación aconseje, procurando sacar de ellas el mejor partido.

—¿...?

—El mal genio que se me atribuye es, desde luego, exagerado. A veces se me va la lengua...; pero la gente dice siempre más de lo que digo yo. A veces inventan cosas mías, como han inventado que me paso la vida en los «cines». No obstante, puede que la gente tenga razón en cuanto a mi carácter, y yo no lo note.

Con esto damos por terminada nuestra visita al ilustre ex ministro, que es uno de los políticos más laboriosos y uno de los hombres más liberales que ha tenido España.

Miguel de Castro.

COSAS DE LA SEMANA

—¡Qué de «cosas» gordas han pasado en estos días!...

¡Batalla naval en el mar del Norte!...

¡Muerte de Kitchener!...

¡Sesión patriótica!...

¡Fiesta de la Flor!

Y... ¡¡Urbanización del extrarradio!!...

Esta última fué la *más gorda* de todas.

Pero ésta *no pasó*, aunque se la quiso *hacer pasar* en el Congreso.

Y *no pasó* gracias a la actitud del Sr. Lacierva.

A quien desde aquí felicito; porque a mí me gustan siempre las cosas en su punto...., y los tenemos a su precio.

* *

Y vamos con los demás acontecimientos.

Los vehementes germanófilos afirman que a consecuencia de la batalla naval de Futlandia, se han hundido en el mar hasta las propias islas británicas.

No tanto, señores, no tanto.

Declarar muerta a Inglaterra por haber perdido veinte barcos es como declarar arruinado a Romanones por haber hecho el donativo que hizo en la «Fiesta de la Flor».

Ni lo uno, ni lo otro.

A la pérfida Albión la quedan aún bastantes acorazados.

Y al pérfido conde también le quedan algunas pesetas.

¡Ah!... Y algunos terrenos en la Castellana.

* *

¡Ha muerto Lord Kitchener!

¡Este sí que es un «náufrago» ilustre, señor Junoy!...

* *

El trágico fin del ministro inglés ha sorprendido en todas partes.

Pero, en España, mucho más.

Aquí, eso de ahogarse un ministro es cosa insólita.

Biblioteca Nacional de España

Por dos razones: la primera, porque aquí los ministros rara vez navegan, si no es por los mares de la política; y la segunda, porque por regla general se hallan rodeados de *calabazas*.

Y siempre flotan.

* *

La «Fiesta de la Flor» ha resultado brillantísima.

Pero yo no he podido comprender la razón de que tales «Fiestas» se celebren en naciones cuyos presupuestos se dedican en gran parte a gastos de guerra.

Si se admite la *necesidad* de matarse entre sí los hombres sanos, no veo la *necesidad* de curar a los pobres tuberculosos.

A ese paso, la Humanidad, asolada por la guerra, podrá un día exclamar con cierta cómica satisfacción: «No me queda un solo hombre joven, ni un mozo fuerte, ni un recluta sano; pero, en cambio, ¡miren ustedes qué tísicos tan bien cuidaditos poseo!...

¡Vamos, que no lo entiendo!

* *

Lo que sí entiendo muy bien es el problema catalanista.

Ahora, que lo entiendo de un modo muy mío.

La cosa está clara.

Los catalanistas no tienen derecho a atacar a España, pero los gobernantes no tienen autoridad para defenderla.

A aquéllos los acusa todo el mundo de antipatriotas; pero a éstos, por lo visto, sólo los acuso yo.

Los que separaron las colonias del mapa patrio, me parecen a mí tan *separatistas* como el que más lo sea.

Y no tienen autoridad para defender a España los que la malgobiernan, vendimiando a menudo su Presupuesto.

Es decir, que si malos son «Els segadors», no son mejores «Els vendimiadors»...

¡He aquí todo el *problema!*

* *

Y ahora, a manera de final, un colmo:

El ilusionista que actúa en la Princesa anuncia un nuevo trabajo titulado «El Divorcio».

Para dar sugestividad al *truco*, lo llama «El colmo de la ilusión».

¡Hombre, por Dios!... ¡Será «El colmo de la desilusión»!

Porque al «divorcio» se llega precisamente cuando se han perdido todas las ilusiones...

Luis de Tapia

NUESTROS EXITOS

Día a día, conforme va transcurriendo tiempo y apareciendo números de LA SEMANA, es mayor nuestro agradecimiento al público, que con un entusiasmo sin precedente ha duplicado nuestra tirada, y a nuestros colegas de Madrid y provincias que saludan con efusivos elogios nuestra obra y reproducen varios de nuestros trabajos.

Mundo Gráfico, al dar noticia de nuestra aparición, tiene la bondad de publicar el retrato de nuestro director, y *España*, con cariñosas frases, nos da también la bienvenida.

Otros colegas como *España Nueva*, *El País* y *El Socialista*, de Madrid; *El Mercantil Valenciano*, de Valencia, y *La Justicia*, de Calatayud, reproducen la interviú celebrada con el Sr. Urzáiz por nuestro compañero Miguel de Castro, y, una vez más, nos alientan con sus elogios.

Muchas gracias a todos, y a todos la seguridad de que seguiremos esforzándonos para ser dignos de su simpatía y de su aplauso.

CONCEPTOS DE CAMBÓ

Hablaba el ilustre, el enérgico parlamentario catalán con un su amigo de tierras de Castilla; permitió el azar que asistiésemos al coloquio; y al pedirnos ahora LA SEMANA una breve impresión sobre el actual pensamiento político de Cambó, corrió la pluma, nada remisa (pues no hay cosa en el mundo tan apremiante como un semanario de actualidades), intentando reflejar los conceptos emitidos por nuestro amigo en aquella coyuntura.

—¿...?

—Hemos venido esta vez al Parlamento a proponer la reconstitución española mediante un sistema federativo. El Estado actual es una ficción que sólo subsiste por inercia, es una deca encia de artificios. ¿Que conjuro puede hacer reaccionar las dormidas energías vitales como el principio de emulación? ¿Cómo puede restaurarse la quebrantada unidad moral de la raza ibérica, sino con una altísima demostración de que el Estado español ha empezado a ser una cosa viva, y por lo tanto ha partido de la base de su diversidad para conseguir la unidad, en vez del inverso proceso que le ha caracterizado durante siglos?

—¿...?

—Cierto que no es sólo por la enseñanza histórica o por los elementos de orientación que nos proporciona el derecho político moderno; Cataluña siente una enorme voluntad de existir, voluntad que se dora con mitologías en la mente del ideólogo, pero que tan intensa como allí palpita en la subconciencia del espíritu más desvalido. Esta unanimidad patriótica se manifestará cuantas veces sea necesario. Es un fenómeno inconcebible, sin duda, para los que sólo conozcan movimientos de opinión fanáticos o artificiales En esto radica una superioridad catalana: en el poder infinito de irradiación del lema que, dándole un carácter comprensivo de fórmulas diversas, podemos llamar ambicioso.

—¿...?

—Nunca han figurado la suma mansedumbre y paciencia entre las cualidades típicas del alma catalana. Y a medida que crecen la riqueza y la cultura de nuestro pueblo, y se da cuenta más palpablemente del sistema angosto, enervante, esterilizador de la vida pública española, aumenta su generoso descontento. Cataluña ha intentado una acción reivindicadora de sus derechos y ha intentado y suscrito fórmulas redentoras de carácter general para evitar toda suspicacia; pero Cataluña se ha encontrado con que, si podía conseguir éxitos legítimos, no era persistente tradición de buena fe, de acendrada lealtad, necesaria en los Gobiernos españoles. La Mancomunidad catalana, por ejemplo, es sólo un nombre; carece de las delegaciones del Estado, de la base económica que el Estado debe señalarle.

—¿...?

—Parece que no faltó quien opinara que el pretexto de la actitud asumida en la memorable «Festa del a Unitat», era sumamente fútil. ¡Preocuparse de la informalidad del Estado español! Si ese es un hecho corriente, clásico, que en todas partes se tolera sonriendo—decían tales opinantes—. Pero es que esta informalidad comunmente se realiza con entidades que participan del convencionalismo del Estado; y el Estado no debe responder como de costumbre al único contenido de espontaneidad que en él aparece, a su única posibilidad de salvación y, en cierto modo, de realidad. No se exagera cuando se habla de actitud suicida del régimen actual.

—¿...?

—Por eso Cataluña quiere que las facultades de que deba gozar en el propio gobierno sean sin posible apelación, esto es, atributos de soberanía. Limítese la extensión de esos atributos en la hora transaccional, pero jamás su intensidad; abréviese su número, jamás su condicion soberana. Cualquier otra solución del problema catalán, como el tiempo lo ha demostrado copiosamente, será ineficaz; y por las fricciones y enojos que perpetúe agravará el ambiente.

—¿...?

—El idioma catalán es la cohesión, la voluntad propia, la cultura activa de nuestro pueblo. Reconocer su oficialidad, hubiera sido erigir el monumento de una paz secular.

José Carner

NO COMPRAR NADA
SIN VISITAR EL
BAZAR X
ESPOZ Y MINA, 4

LA TORERIA

LA MUJER DEL TORERO

Ahora, durante varios días, los días veloces de la actualidad, que tan aprisa corre, que trae y se lleva nombres famosos, resonantes éxitos, glorias de un instante, con el brillar deslumbrador y efímero de una estrella fugaz, veréis aparecer en los periódicos la figurita esbelta de una encantadora mujer, el bello rostro de una graciosa tiple madrileña: Araceli Sánchez Imaz.

¿Por qué? ¿Ha tenido un triunfo resonante?

¿Triunfó de nuevo su arte y triunfó su hermosura menuda y delicada en el tablado? No. Ahora, al mirar la linda silueta, al ver los ojos rientes de Araceli, no suena en vuestro oído la lánguida cadencia de un vals austriaco, ni la cascabelera armonía de un cuplé, ni el ajustado son de la orquesta de un teatro. Suena una algarabía loca y frenética de olés, de palmas, de entusiásticos gritos y de estridentes notas de charangas confusas y mezcladas en el rugir de una plaza de toros.

Y ahora, sin triunfo, sin la artificial luz de la embustera batería teatral, se publica el retrato —*¡el retrato último!*—de la tiple Araceli Sánchez Imaz, y este es su triunfo verdadero y grande.

* *

No os podéis figurar, porque no existe, un teatro más eminentemente «tauromáquico» que el Cómico. Allí no va nadie a los toros. ¿Qué importa eso? Allí, mientras Belmonte da una media verónica a un morlaco, mientras Joselito enjareta seis pases naturales, mientras Carpio se toma la obligada *corná*, los buenos cómicos se están «partiendo el pecho» trabajando, ora en la función de la tarde dominguera, ya en el vermut de cualquier otro día. Eso no importa. Allí se habla más de José que en casa de Menchero; se ensalza más a Juan que en el *Club de los Veinte*; se discute a Pastor como en el propio *Cafetín del Manco*. Cada cual anda a tiros, si es menester, por su héroe predilecto; cada cual tiene su ídolo, su escuela: sevillanos, rondeños, «embajadoreños»: el caos. Hay pastoristas, belmontistas, gallistas... Pero Loreto, Enrique y las partes, y el coro, y el de la luz, y los de la guardarropía, y los carpinteros, y los acomodadores,

Biblioteca Nacional de España

y los de la puerta, y los de la taquilla, y todo Cristo, eran pacomioperibañistas. Eran de Pacomio... y eran de Araceli.

* *

Había el amor unido a Araceli y Pacomio. El buen torero, el modesto torero, en pelea brava por la fama, el aplauso y la fortuna, se iba por ahí, luchaba por ahí, toreaba en cualquier parte.

Era domingo. Araceli, en escena, cantaba, hablaba, mecía su cuerpo en un alado baile; era como gracioso maniquí, movible estatuilla, que tenía el alma lejos, lejos, flotando en ese viento ardiente y cálido que alzan, al revolar, los capotes de brega. Y allá a las siete, a las ocho —siempre tarde para el ansia angustiosa de esperar—llegaba el telegrama. Lo abría cualquiera. Araceli, en escena, decía un picaresco cuplé que era aquel día un gorjeo de triste pajarillo. Y desde adentro, desde los bastidores, se le mostraba el papelillo azul. Se iba en confuso grupo a hacerle gestos tranquilizadores, risueños, satisfechos; alguien, con la amistosa abnegación de convertirse en toro, hacía ademán de cortarse una oreja. Y Araceli sentía la viva sacudida de la noticia, la emoción y el éxito, y acababa el gorjeo del pajarillo en un loco y alegre cantar de amor como lluvia de plata.

Y llegó el día del éxito en Madrid. El porvenir, la fama del buen torero, estaban ya seguros. Y, unas tardes después, cuando en la plaza vallisoletana, al despachar tres toros, había cortado el héroe seis orejas, a la par que en el teatro de Araceli se daba la última función de este año, llegó el papel azul. Decía:

«Sin novedad. Contento. Despídete del teatro.»

* *

¡La última noche! La última noche de su vida escénica, ha sido la más grande, la más gloriosa, la más triunfal de la aplaudida tiple. Porque el triunfo era *de él*.

Sólo otra noche se sentirá más feliz todavía: cuando una vez, al correr de los años, inquieta, sin cantar, sin bailar, temblorosa en su casa, aguarde otro papel azul de su marido, y el matador, harto de nombre, de billetes, de aplausos, le diga en él:

«Sin novedad. Contento. Me despido de los toros.»

Barbadillo

* *

Manifestaciones de Pastor

Por tratarse de asunto que interesa, y aun apasiona, a un grupo de personas que nos leen y tienen por ello derecho a que prudentemente las sigamos en sus aficiones, hemos interrogado al torero Vicente Pastor sobre el estado de sus relaciones con la Empresa de la Plaza de Toros madrileña.

He aquí, casi textualmente, lo que nos ha contestado Pastor:

—El origen de mi disgusto con el Sr. Echevarría ha sido tan público que no creo necesario volver sobre él. Yo no he tenido culpa ninguna del enfado de ese señor, que sólo hubiera podido evitar, como se ve, renunciando a cobrar, en favor suyo, un dinero que legítimamente me pertenecía. No lo hice así, reclamé, exigí lo que era mío, y él, contrariado, decidió proscribirme del cartel de abono. Bien estaba. Yo a nadie he hablado del caso; cuando me han preguntado he eludido responder con tan firme resolución, que el Sr. Echevarría sabe cómo he estado mucho tiempo en Barcelona y Valencia, casi huido de Madrid, por evitar que los amigos de aquí insistieran en preguntarme y tener, al fin, que responder. Nada, nada he hecho yo, ni para disgustarme con él ni para ahondar el disgusto injustificado que él exteriorizaba... Pero el señor Echevarría no ha pocedido como yo: no sólo ha dicho y sigue diciendo a todo el que le quiere oir que yo no torearé en Madrid en tanto que no le devuelva lo que llama «sus trece mil pesetas», sino que, para molestarme, para que yo no pueda torear cerca de Madrid, donde me vean mis paisanos, ha tomado este año la Plaza de Aranjuez y ha dado por su cuenta la corrida del día de San Fernando. El así procede, y yo no quiero comentarlo. Sólo afirmo que yo no le devolveré ni un sólo céntimo, porque sería tanto como pagar un perdón a que no me he hecho acreedor, porque no cometí culpa ninguna; que en el presente abono ya no torearé aunque el perdón se me dé gratis, y que para el segundo abono... ¡ya veremos!

¿Cómo y cuándo ganó usted su primera peseta?

Se me pregunta cuándo y cómo gané mi primera peseta, y no cuándo y cómo empecé a ganarme la vida. Que son dos cosas muy diferentes. Pues hay quien, en efecto, hasta de niño se gana la vida, que le sostienen sus padres y quien no se la gana. Lo que no recuerdo es que siendo niño o mozo, en mi escuela o mi bachillerato, se me diese premio alguno por valor siquiera de una peseta. Ni aun fuí coleccionista de sobresalientes, pues no los obtuve hasta llegar a mi último curso de Instituto. Pero no se me pregunta tampoco ni cuándo ni cómo gané algo que valiese una peseta, sino cuándo y cómo gané mi primera peseta.

Tengo un vago recuerdo de que allá en Bilbao, mi pueblo, recién vuelto de terminar mi carrera, antes de los veintiún años, un irlandés muy aficionado al *whisky*, y que me conocía como dibujante—la vanidad de dibujar bastante bien ha sido y es una de mis flaquezas, aunque no la mayor—me rogó que le hiciese un plano de una mina, introduciendo yo no sé qué caprichosas modificaciones, ni quise saber con qué propósito, y aunque eso de delinear planos apenas tenga que ver con el dibujo artístico—que es, como digo, uno de mis fuertes a la vez que de mis flacos—le hice lo que me pedía, me negué a ponerle precio, alegando que no era el de delineante de planos mi oficio, y me regaló una cartera de bolsillo. Supongo que la cartera le costó más de una peseta, pero era una cartera, y no una peseta ni varias pesetas.

Realmente, el primer dinero que gané fué dando lecciones de lo que se llama la sección de letras del bachillerato en Colegios y a particulares. Lo que aseguro, desde luego, es que no fué con la pluma. Y recuerdo, por cierto, que en aquellos ya casi míticos tiempos en algún respecto, allá por el año 1885—tenía yo veintiuno—en mi Bilbao, se me pagaba la mesada en el acreditadísimo Colegio de San Antonio, por explicar en él latín y psicología, lógica y ética, no en pesetas, ni en duros, ni en billetes, sino en... oro. En moneditas de oro de cinco duros recibía al fin de cada mes el pago de haber enseñado a aquellos mocitos que iban para bachilleres la conjugación de *fero, fers, tuli, latum*, cómo se vuelven por gerundio las oraciones de relativo, qué son las facultades del alma—que hoy no lo sé y no estoy seguro de si lo sabía entonces, cuando lo enseñaba—, lo de las categorías y postcategorías, aquello de las proposiciones contrarias, subcontrarias, subalternas y contradictorias, los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con sus prójimos y otras cosas así. ¡Lo que sabía yo entonces! Es decir, lo que enseñaba. Sólo que no logré aprender bien mucho de lo que enseñaba. Mas resulta que aquella mi enseñanza valdría poco o menos, pero valía oro. ¡Tiempos aquellos en que aún circulaba el rubio metal!

También expliqué retórica y poética (¡horror!) y hasta matemáticas—álgebra, geometría y trigonometría, no siendo licenciado en ciencias—, es decir, como intruso; pero lo que no me decidí a enseñar nunca fué las historias. Es sabido que, oficialmente, eran dos: la universal y la de España. A las historias, que no eran y creo que no siguen siendo en los más de nuestros historiadores más que cuentos, les tenía un santo miedo.

Anuncié en los diarios de Bilbao que estaba dispuesto a dar lecciones de Letras, y un día se me presenta un indiano, como de unos cuarenta a cincuenta años, hombre rudísimo, que se había enterado del anuncio y venía a que le enseñase letras, es decir, a escribir. Me hizo gracia su colombina sencillez, no me dí por ofendido en mi dignidad de doctor en Filosofía y Letras, no le envié a un maestro de primeras letras—que valen tanto como las últimas—y apechugando con él, intenté enseñarle siquiera a poner su nombre. ¡Imposible!, todo mi ingenio pedagógico fracasaba. ¡Y era un angelito aquel hombrón que supo hacerse una fortunita sin saber firmar!

También daba lecciones de castellano a extranjeros, que fueron todos ingleses, menos tres noruegos. Y recuerdo que uno de estos, después de traducir del francés, que nos resultaba harto fácil y del alemán, muy difícil, le propuse que tradujera de su propia lengua, pues yo no necesitaba conocer el texto de que traducía y sí sólo si lo traducido formaba sentido. La traducción se hacía oralmente, libro abierto y repentizando. Y como yo en vez de mirar a otra parte miraba al libro, empecé a darme cuenta del idioma noruego—o danés, que es lo mismo—que años después, y recordando aquello había de estudiar para poder leer sobre todo a Kierkagaard, aunque ello me halla permitido leer a Ibsed, y a otros de sus compañeros de lengua en la misma suya propia.

Mientras daba lecciones particulares y así me sacaba algunas pesetas, publicaba en la Prensa de Bilbao artículos, pero éstos no me valían ni un ochavo, no ya una peseta. Más tarde, el haber ganado una cátedra oficial me ha permitido no tener que vender, ni en absoluto, ni en relativo, mi pluma. Hay que dar gracias al máximo y providente Estado cuando nos redime de tener que rendirnos al público, que es un amo peor que él. El Estado es casi el único que respeta las ideas de sus servidores. Quiero decir las ideas políticas y religiosas y sociales. Ahora, eso sí, si alguno de esos sus servidores se atraviesa en las ruindades politiqueras de los Gobiernos, no falta miembro de alguno de éstos que, sin quebrantar la mera ley externa, le asesta una coz. Porque no es fácil que a quienes en la charca infecta de nuestra electorería—que a eso se reduce lo que aquí llaman, blasfemando, política—se les ha embotado el sentido de la propia dignidad personal sepan lo que es ésta, ni la respeten en los demás. Pero esto de la dignidad nada tiene que ver con la peseta.

¿Qué sentimiento me produjo la primera moneda de oro de veinticinco pesetas, que no pesetas como dije, que ví en mis manos ganada por mí? No lo recuerdo bien, pero supongo que debí pensar: «Ya estoy camino de casarme». Que era mi obsesión por entonces. Tanto, que al quedarme sin cátedra en una de las cinco oposiciones que hice—fué a latín—y decirme uno de los vocales del Tribunal refiriéndose a un pobre diablo inepto, que no sabía ni castellano, y que obtuvo plaza: «¡Ya ve usted, el pobre tiene ocho hijos!», le contesté: «¡Pues yo aspiro a tenerlos!» Estaba yo entonces soltero, y fué como agorera profecía. Se ha cumplido al pie del número.

Pero me parece que lo más interesante no es preguntarle a uno cuándo y cómo ganó su primera peseta, sino cuándo y cómo y en qué se gastó la primera peseta por él ganada. Lo interesante no es cómo se gana, sino cómo se gasta. En esto segundo está la psicología de un hombre y de un pueblo. Lo cual no lo aprendí enseñando psicología de bachillerato. El hombre íntimo no se revela ganando, sino gastando. Lo que hace falta saber no es de dónde sacamos el dinero, sino adónde lo echamos o dónde lo metemos. Ganar es cosa fácil; lo difícil es gastar. Como que los hombres y los pueblos pobres no lo son porque no sepan ganar dinero, es porque no saben gastarlo.

Pero como no es esto lo que se nos pregunta ahora...

Miguel de Unamuno

FÁBRICA DE RELOJES

CARLOS COPPEL

Fuencarral, 27.—MADRID

Relojes pulsera, en platino, oro, plata y oroxil (imitación oro.)

A CADA RELOJ ACOMPAÑA

CERTIFICADO DE GARANTÍA

REMESAS A PROVINCIAS

Biblioteca Nacional de España

¡POBRES MUJERES!

Mala suerte han tenido las pertenecientes en España a las dos últimas generaciones. En vez de hombres se han encontrado con señoritas que llevan trajes relativamente masculinos. Y no me refiero únicamente a la ateminación fisiológica, sino también a la moral y la intelectual más abundantes aún.

En los periódicos se leen revistas de salones en que el detalle modistil, la frase acaramela y el concepto aterciopelado alejan toda sospecha de que pueda ser un hombre quien las escribe.

En el Parlamento, donde siempre las indignaciones se expresaron con frases propias, se alarman hoy todos los pudores en cuanto alguien expone claramente su opinión.

Las medias tintas predominan en todo: en las relaciones de los partidos; en la solución de los problemas políticos, religiosos y sociales.

Las modas tienden a poner de manifiesto las formas, y hay hombres que usan corsé y faja de suspensión.

Entrar en una peluquería, avergüenza; a tales recursos apela para parecer bonito el sér que dicen que hizo el Dios barbudo a su imagen y semejanza.

De perfumes no hablemos: cuando las mujeres de buen gusto se van convenciendo de que huele bien la que a nada huele, los hombres vuelcan sobre sus ajustados trajes tarros de esencias.

Se ven por las tiendas de ropa blanca unas camisas que diz que usan los hombres para dormir, con tanto pliegue y tanto cordoncito y tanta monería, que parecen demasiado delicadas aún para aristocrática doncella.

De esta tendencia se resiente todo: el arte, la literatura, el periodismo, las ideas, las resoluciones que se toman; y así todo resulta flojo, meloso, femenino...

Al paso que vamos, y si un viril sacudimiento no viene pronto a redimirnos, no van a quedar en España más hombres que las mujeres.

Las mujeres, que deben sentir profundo desprecio hacia esta generación de *afeminados* en gustos, costumbres e ideas, que vive del chisme, tiembla ante el peligro, no afronta los sucesos adversos con ánimo entero, y a la que le estaría mejor la rueca, que la lanza; el encaje, que la coraza; la zapatilla bordada en oro de la odalisca, que el duro borceguí claveteado del valeroso castellano.

Compadezco a las mujeres que han tenido la desgracia de venir al mundo al mismo tiempo que la mayoría de los hombres que hoy se estilan.

(Dibujos de R. Marín)

José Nakens

LA QUIROMANCIA

Entre los franceses que la guerra ha trasladado a España, figura la famosa adivinadora del porvenir, madama Thebes. Hela aquí, en su gabinete "de trabajo" en Madrid, donde, silenciosa y casi ignorada, es, sin embargo tan visitada, que, económicamente, no nota que haya guerra...

LOS DIPUTADOS POR PRIMERA VEZ

D. Francisco S. Ocaña, liberal, por Torrente

"La Semana„ en Cataluña

En nuestro deseo, firmemente iniciado, de atender a cuanto constituye una actualidad, vamos a dedicar la atención que merece al problema catalán, que, con haber tantos en España pendientes de resolución, es, de momento, el que más inquieta.

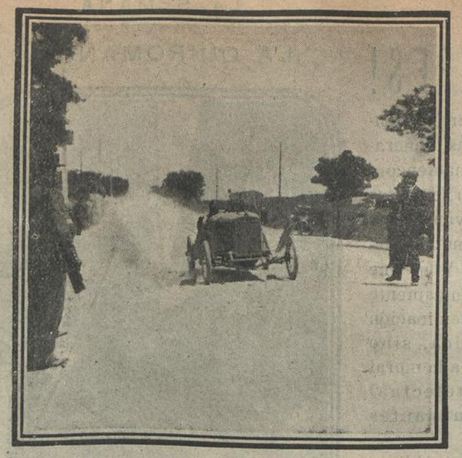
Dos escritores catalanes, ilustres los dos, Pompeyo Gener y José Carner, debutan hoy en LA SEMANA. A ellos seguirán otros igualmente populares y prestigiosos en la más importante región de España: Emilio Junoy, Gabriel Alomar, Marcelino Domingo, Valentí y Camps...

Todos ellos, como el ilustre director de Primera Enseñanza, D. Antonio Royo Villanova, tan especializado en la cuestión, cada uno desde su punto de vista, comentarán el problema, y así LA SEMANA, tan celebrada por ello, hará un alarde más de independencia, facilitando medios al lector para que sin pasión aprecie y juzgue.

Biblioteca Nacional de España

CARRERAS BARCELONA-MADRID-BARCELONA

Aspecto de la plaza de Tetuán, en Barcelona, a la salida de los autociclos que se disputaron el premio. *(Foto Pérez de Rozas.*

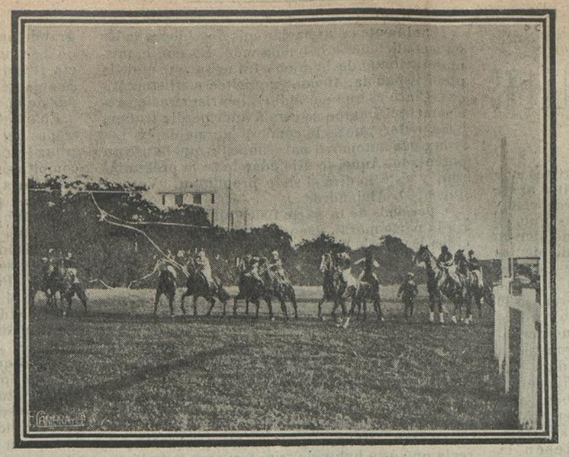


Llegada a Madrid del ganador del segundo premio, D. Rafael Clarisó, que hizo el recorrido en 32 h., 3 m. *(Foto Ortiz.)*

FIESTAS DE [illegible]GOS FLORALES

Bellas señoritas de San Baudilio [illegible] los Juegos Florales recientem[illegible] [illegible]obregat, Reina y su Corte de Amor, en [illegible] celebrados en aquella población. *(Foto Canalias.)*

CARRERAS DE CABALLOS EN MADRID



Salida de caballos para disputarse el premio ofrecido por el Palace-Hotel.

Caballo que ganó el premio de 4.000 pesetas del Palace-Hotel. *(Fotos Marín.)*

CONCURSO HÍPICO EN MADRID

"Charlatán", de Pedro Villegas.

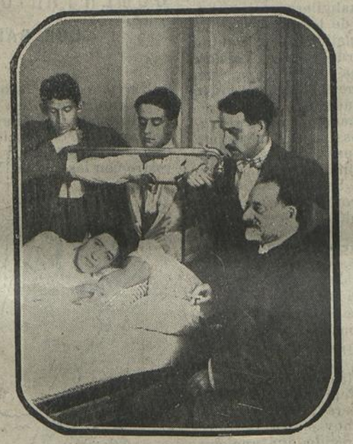
"Fe", de D. Enrique Durango.

"Tangible", de D. Teodulfo Gil *(Fotos Ortiz.*

TRIUNFOS [illegible] UNA ACTRIZ

La hermosa actriz Paq[illegible] grandes éxitos en Ro[illegible] obras del género "Gr[illegible] "El rese[illegible] [illegible]Calvo, que logra estos días [illegible] interpretando, entre otras [illegible]uiñol", los dramas "Lul" y [illegible]o número 6".

TORERO HERIDO



El novillero Salvador Freg, herido recientemente en La Línea, conversando con el doctor Morón. *(Foto T. Díaz.)*

EXPOSICIÓN ARTÍSTICA EN CÓRDOBA

Uno de los interesantes cuadros, expuestos estos días en Córdoba, del ilustre artista Sr. Valdés Leal.

NUEVO ACADÉMICO

Recepción de D. Vicente Lampérez en la Academia de la Historia.

NIÑOS Y FLORES EN BARCELONA

El coro infantil de "Mosen Cinto", que ha tomado parte en la fiesta de los niños y las flores, de Barcelona. *(Foto Rozas)*

EN EL COLE[illegible] DE ABOGADOS

Mesa presidencial para [illegible]lección de decano, secreta-[illegible]rio y diputado segundo [illegible]n el Colegio de Abogados.

TIRO DE PICHÓN EN BARCELONA

D. Francisco Solé, que ganó la copa de S. M. el Rey, matando ocho pichones sin ningún cero *(Foto Pérez Rozas.)*

LAS MODAS

La Srta. Carmen Villar y Villate, con un elegantísimo traje de primavera

UNA LÁPIDA

Homenaje del Círculo de Bellas Artes de Madrid al famoso poeta D. José Zorrilla.

LAS ESCUELAS PÍAS DE BARCELONA

Los obispos de Barcelona, Seo de Urgel y Gerona, con la Junta de las Escuelas Pías, en las fiestas del primer centenario de su fnndación. *(Foto Pérez Rozas.)*

Biblioteca Nacional de España

PLUTARQUILLO

NUEVAS VIDAS PARALELAS

Danton y Lerroux

Las historias comparadas de los varones eminentes de Grecia y Roma, fueron escritas al objeto de engendrar en quien las leyera «celo y ansia de imitar las virtuosas acciones que en ellas se relatan». Así—si creemos lo que dice en el exordio de las vidas de Pericles y Fabio Máximo—se lo propuso el maestro queroneeño, queroneense, queroneino o como se diga, que no lo sé fijamente. Yo también quisiera que mis *Nuevas vidas paralelas* tuviesen la misma finalidad que las *Vidas paralelas* de Plutarco; pero esto no va a poder ser hoy. Y por ello advierto que, aunque incidentalmente, me separo un poco del modelo escogido.

Danton.

Sin embargo, debo advertir que tal separación la hago porque no tengo más remedio que hacerla. Por mi gusto seguiría siempre a Plutarco, como sigue la sombra al cuerpo; mas ¡qué demonio!; no me atrevo a recomendar que nadie imite «las virtuosas acciones» de Danton ni de Lerroux. Me lo impide mi conciencia, y eso que no la tengo demasiado estrecha, aunque me esté mal el decirlo.

Hecha la salvedad que antecede, paso sin más a establecer el paralelismo entre el jefe de los montañeses galos y el caudillo de los radicales españoles. Es un paralelismo semejante al de dos líneas muy próximas. Danton y Lerroux se confunden casi del principio al fin. Y es su parecido físico y moral, pues, según algunos aseguran, tienen iguales los cuerpos e iguales las almas, idénticas las conductas y unánimes sus producciones y las resultancias de éstas.

Lerroux

Gordos los dos de cuerpo, con robustez que convirtió en obesidad la glotonería, ambos de cara fueron bastante feos. A Danton un toro le rompió el labio y le torció la nariz, y las viruelas le llenaron de costurones, convirtiéndosele así el rostro en una especie de asiento de rejilla. A Lerroux no le hirió ningún cornúpeto, pues siempre vió los toros desde la barrera, y aunque las viruelas le atacaron, no le dejaron señal porque fueron locas.—¡Locas habían de ser para meterse con ese hombre!...—De todos modos, un abotargamiento que endurece las facciones, una miopía que apaga la expresión y una calvicie que convierte la cabeza en hermana de un queso de bola, han hecho que Lerroux sea tan feo como Danton lo fué, o más si cabe.

Igualmente se asemejan mis dos biografiados en sus aficiones a la buena vida. En eso, lo mismo el tribuno de la plebe francesa que el de la plebe española, tienen exquisiteces aristocráticas. Claro es que por odio a la aristocracia precisamente. Danton se comía una perdiz trufada para evitar que se la comiese un noble, y Lerroux usa automóvil para impedir que lo use un potentado. Aquel lo dijo cuando se lo preguntaron, y éste lo dirá si se lo preguntan. ¿Verdad que sí, D. Alejandro?...

Y pasemos de la parte física a la parte moral. En la parte moral, ¿son también más que parecidos Danton y Lerroux? ¿Son idénticos, según se cree?

No diré yo nada de la moralidad de Lerroux ni de la de Danton. ¡Allá cada uno! No copiaré tampoco lo que de la primera dicen los enemigos de Lerroux, pues no estoy por hacerles el juego, y si voy a copiar lo que de la segunda dice Lamartine, es porque se trata de un documento histórico.

Puede verse en la *Historia de los girondinos*, sin más que abrir la obra por las últimas páginas del libro tercero, todo lo que sigue:

«Danton estaba con el pueblo porque le parecía que éste había de triunfar; pero le hubiese vendido sin el menor escrúpulo. La corte conocía el precio de sus convicciones, y él lo amenazaba para que tuviese interés en comprarle, resultando así que sus ataques no eran otra cosa que la subasta de su conciencia. Comprábanle los partidos todos los días, y al día siguiente estaba en venta otra vez. Cualquiera otro se hubiese avergonzado delante de los hombres que poseían el secreto de su venalidad; pero Danton los miraba cara a cara sin ruborizarse. Toda su política consistía en servir a su ambición, y no quería de la democracia sino el desorden, donde hallaba su poderío y su riqueza.»

Estudiada ya la vida privada de los *paralelados*, señalando los parecidos físicos y excusando señalar los morales, puede pasarse al estudio de su vida pública. Lo determinante de ésta en los oradores son los discursos. ¿Se asemejan los discursos de Danton y de Lerroux? Sí; se asemejan tanto que en ocasiones pueden tomarse como de uno los que son del otro.

Dice Thiers de la elocuencia de Danton: «Sus frases, cortas y terminantes, eran tan concisas y ejecutivas como las voces de mando, y su ademán irresistible impulsaba a las masas o las contenía, según su deseo. Tenía la superioridad de la calma en la confusión, conservaba la sangre fría en medio de los mayores arrebatos, y no decía nunca más que lo que quería decir y como quería decirlo.» ¿Quién habla de este modo hoy? Lerroux y sólo Lerroux. Pepito de la Morena que oyó a Danton cuando era joven—¡cuando era joven Danton!—y que hoy oye a Lerroux puede atestiguar sobre el parecido, que, apoyándome en Thiers, yo señalo. Preguntadle y veréis si miento.

No miento, no, al decir que la palabra lerruxista es fiel trasunto de la palabra dantoniana; como no miento al afirmar que las actuaciones políticas de Danton y de Lerroux son iguales. Esto voy a probarlo seguidamente.

Danton entró en los *Franciscanos* con Marat, pasó a los *Jacobinos* con Robespierre, tuvo puntos de contacto con la *Gironda* y se unió con Hebert en la *Montaña*, separándose de todos cuando le convino. Así Lerroux ha estado con Salmerón, con Rodrigo Soriano, con los federales, con los nacionalistas y hasta con los de la Lliga en lo de la Exposición de Industrias Eléctricas, sin perjuicio de estar solo, absolutamente solo, cuando le conviene. Danton fué el terrible iniciador de los asesinatos de septiembre, y luego, rico y dichoso, templó sus agresividades. Lerroux no ha asesinado a nadie, o al menos no se sabe de cierto; pero ha tenido acometividades de las que ya, propietario y automovilista, está curado por completo. ¿No es total el paralelismo?

Pero aun existe otra semejanza más. En la lucha del 10 de agosto, frente a las Tullerías, Danton no estuvo, como Lerroux no estuvo en la quema de los conventos de Barcelona. ¡Y ambos cotizaron las dos sangrientas campañas diciéndose organizadores de ellas! De ese bonito modo pescó Danton el Ministerio de Justicia y Lerroux el acta por Posadas. Al primero se lo dijo Vergniaud, y al segundo se lo ha dicho Alcalá Zamora, que es un Vergniaud venido a menos.

Y dirá alguno que sepa Historia: «¡La más grande hazaña de Danton fué el reclutamiento de los voluntarios para la salvación de la Francia invadida! ¿Cuándo ha hecho Lerroux cosa semejante?» A lo que yo responderé: «¡Hace un par de años nada más!»

En efecto, hermanos queridos; al entrar las tropas del Kaiser en la vecina República, Lerroux quiso levantar un ejército español que compitiese con los cipayos y los senegaleses en la defensa de Francia. Por cierto que su idea tuvo una acogida casi tan ruidosa como la idea de Danton. No le aplaudieron; pero le pitaron, y los pitos suenan también mucho.

¡Sí, es indudable!... Las vidas de Danton y de Lerroux se parecen como dos gotas de cualquier líquido. Paso a paso van paralelas hasta el fin. ¿Que en el fin se separan? Esto no lo sabemos, pues la vida de Lerroux no ha terminado aún. ¿Por qué dudar de que éste muera igual que Danton?

Cierto que Lerroux no lleva traza de subir al patíbulo, pues anda suelto todavía; pero también Danton estuvo en libertad hasta seis días antes de ser ejecutado. ¿Quién sabe si terminará Lerroux lo mismo que Danton? ¡No hay que desesperar de la Justicia!

Luis de Oteyza

COMENTARIO SENTIMENTAL

LOS BAILES RUSOS

La voz de Jeremías.

Hermanos: vamos hacia el abismo donde Europa entera se ahoga en sangre y se abrasa en fuego. Cuando el Angel del Señor bajó a la tierra, ante la corrupción universal, sus ojos se anegaron en llanto y avergonzado cubrióse el rostro con las manos. Y transido de dolor regresó al Reino de Dios. Pero el Señor, lleno de compasión para los pecados del hombre, le dijo: —Ve y desciende otra vez sobre la tierra y busca la nación donde los justos se hayan refugiado. La nación donde los hombres sean frugales y las mujeres castas. La nación donde no se embriaguen con el zumo de la vid ni se revuelquen en los lechos de abominación como bestias. Hay un rincón de la tierra en que se han cobijado los que viven en santo temor a Mí. No tiene vergeles maravillosos, ni lagos de ensueño, ni montañas azules. Es árido y yermo. En sus eriales viven los saltamontes y las cigarras, y sobre sus piedras duermen las víboras al sol. Sus hombres son sobrios, castos y fuertes. La tierra es ingrata para ellos y aman la tierra. El cielo es implacable y elevan sus preces al cielo. Baja a España, y como en ella hallarás virtud, sea perdonada.

Y el Angel del Señor descendió entre nosotros. Y vió que en medio de los campos, abrasada por la sequía, se habían elevado ciudades de maravilla, donde las mujeres marchaban cubiertas de galas y afeites. Y vió que los hombres, en vez

Biblioteca Nacional de España

de regar la tierra con el sudor de su frente, corrian en carros de fuego por los caminos. Y en jardines que imitaban en belleza el viejo Edén, danzaban entrelazados como los faunos y las bacantes de los bosques paganos. Y por fin, vió en un palacio todo dorado, cómo unos histriones parodiaban los mitos de las Reinas roidas por el demonio de la lascivia y mimaban las liviandades de las cortesanas locas, que hicieron del fango el lecho de su impudicia.

Y cubriéndose los ojos con las alas de nieve, voló en busca de la anatema del Señor.

El banquete de Nabucodonosor.

Los que no hemos vivido estos últimos años que precedieron a la guerra encerrados en la áspera monotonía de la vida española, los que hemos gozado de las últimas horas de Cosmópolis, hemos asistido a una decadencia. Las decadencias poseen el secreto de la belleza suprema; son como esas flores maravillosas que brotan de la sangre, de la muerte y de la podredumbre en los jardines destinados a suplicios en la vieja China. En las decadencias los pueblos llegan a la cumbre de la belleza; el gusto se depura, se sutiliza, y al no vivirse sino del placer y para el placer, todas las cosas llegan a revestirse de una armonía insuperable. La suntuosidad, la gracia, el instinto plástico, la elocuencia, llegan al grado máximo; la sensibilidad se hace tan delicada que el placer linda con el dolor, y placer y dolor se confunden en una sola sensación; la inquietud cerebral raya en lo enfermizo y todo el esfuerzo mental se deshace en locos chisporroteos de fuegos de artificio. Los momentos más bellos, más intensos,

más apasionantes de la vida de los pueblos han sido las decadencias. En ellas los cerebros han llegado a su máximum de intensidad en el pensar; la labor de los filósofos, de los novelistas, de los poetas, ha sido maravillosa; los nervios vibrantes, como cuerdas de arpas, han creado la obra de los pintores y los escultores; y nuevas artes, nuevas manifestaciones de vida han surgido, y hasta el alma ha estado más a flor de piel y no faltan ni aun los profetas agoreros que ponen la magia de su anatema en la maravilla de la frivolidad.

Indudablemente, pues, como arte y elegancia, los momentos de decadencia de los pueblos han sido los más bellos de su vida. Ahí están las viejas decadencias de Oriente, la decadencia romana, la caída de los estados italianos, el escalofriante reinado de nuestro Carlos II, y en tiempos más recientes el desmoronamiento del segundo Imperio, las locas elegancias de las Tullerías—Babilonia, Ninive, Roma, Bizancio, Venecia, Madrid, París—. Como un reflejo de todas aquellas decadencias era esta decadencia, más

bella, más confortable, más frívola aún; y por tener, tenía de las otras decadencias hasta la inquietud del *más allá* y, como la hermana de Tintagiles, aporreaba inútilmente la puerta muda.

El mundo era un encanto; todo era fácil, grato, amable; el dinero lo era todo, lo podía todo, y con dinero el mundo entero era el jardín de Armida. Y súbitamente, cuando triunfaba la riqueza, la belleza, el arte y el amor, la mano misteriosa escribió en la pared de jade negro con frutos de cristal, decorada por Iribe, el fatídico «Mane, Thacel, Phares».

Naturalmente que no creo que esta civilización se haya acabado; no. Esta guerra es un alto, un misterioso aviso, que claro está que afortunadamente los hombres desoirán. Tras unos días de atrición, esa atrición que sigue siempre al peligro, pero que según el peligro se aleja, se evapora con él, volverá el mundo a ser lo que fué.

Las hembras poseídas de Satanás

Una de las manifestaciones de arte más intensas y más apasionantes que surgió al calor de esa decadencia fueron los Bailes Rusos. Cuando la vida se hace muy rápida y muy intensa no puede ya crear arte, lo vivo. Decía Oscar Wilde que «unos hombres viven las novelas que no supieron escribir así como otros escriben las que no osaron vivir». Con los pueblos pasa igual. Roma y sus Emperadores apenas hicieron arte, lo vivieron ellos y su historia entera fué una obra de arte maravillosa. En la inquietud de la moderna decadencia, las danzas plásticas, tal y como los Bailes Rusos se daban, encarnaba a maravilla todo el anhelo de arte de la efímera vida del momento. Tenía la caricia de la música, el ritmo elegante del baile, la postura estatuaria y la magia colorista de la pintura. Y luego había aún más; la inquietud del espíritu, la curiosidad de cosas malsanas y abominables, el divino escalofrío de aquellas vidas legendarias que los artistas enfermos de su arte iban evocando. Eran las vidas de los heroínas bíblicas, de las reinas malditas prisioneras del Demonio, de las cortesanas que como fabulosas arañas envolvieron en su sutil malla el destino de los pueblos. Y fué Thamar, hermética y liviana; Schezereda, conceptuosa y ambigua; Cleopatra, arbitraria y lasciva; fueron las reinas crueles y magníficas que temblaron bajo sus joyeles en los brazos de los esclavos y entre las garras de los tigres. Y fueron también las figuras convencionales de perversidad infantil, Colombina esquiva o el *Genio de las manos verdes* de «El Pájaro de Fuego». Y cuando no, fué subrayar con música de Chopin las enfermizas melancolías del espíritu con las banales piruetas de «Las Silfides», o la tragedia tan artificiosa y tan melancólica sin embargo de Petranchka.

La danza, como todo arte, tiene tres periodos: el bárbaro, en que la danza fué espontánea; el refinado, en que es ya un arte, y el bárbaro, en que los espíritus cansados buscan en la barbarie una sensación de fuerza. Ese es «El Príncipe Igor».

Las amables ruedas de molino.

Las gentes que poseen una cultura sólida, que han visto y leído, juzgan por sí; los otros son los borregos de Panurgo.

El espectáculo de las danzas han arrancado a éstos últimos alaridos de admiración. Cierto que son maravillosas, que la escenografía no es la usual *para España y Marruecos*, que son grandes artistas; pero esto que vemos aquí no es lo de París, o por lo menos es lo de París incompleto. (Ahí está el pintor Zamora que, como yo, lo vió frecuentemente allí, y no me dejará mentir.)

La decoración de «El Pájaro de Fuego» no es la misma; en «Las Silfides», había un lago romántico....

Además faltan muchas danzas de las más modernas e interesantes: «La Tarde del Fauno», de Debusse; «La Leyenda de José» y otras. Los trajes no son precisamente los de Lara para la abrumadora *Ciudad alegre y confiada* (allí la

empresa tuvo el buen gusto de vestir—esceptuando a la Galaliert y Thuiller—a los que tenían traje de época como hace veinte años para *La Redoma Encantada* o *La Pata de Cabra*, y a los personajes de comedia italiana como a los chicos de la portera en Carnaval, pero tampoco son aquellos trajes, y si lo son, algo mustios y marchitos están ya.

En fin, ha sido así todo, unas noches de arte en que nuestra ilusión suplió lo que faltaba.

Antonio de Hoyos y Vinent

(Dibujos de J. Zamora.)

PEQUEÑECES

Ustedes, lo mismo que nosotros, se lo habrán preguntado veinte veces:—«¿Por qué Fulano, que ni habla, ni escribe, ni tiene ideas, ni iniciativas, quiere ser diputado? ¿Por qué Fulano, que vive «por el céntimo», luchando tras de un mostrador, esforzándose, comerciante, ahorrativo, en persecución de dos pesetas, se gasta, «así», de un golpe, doce o quince mil duros por lograr un acta?»

Y ustedes, como nosotros, de momento no habrán hallado una respuesta... Mas, como todo llega, al fin nosotros hemos averiguado la razón de esa sinrazón.

Ocurrió hace unas tardes: dos, tres, cuatro... Entrábamos en el Congreso a cosa de las dos y media, antes de que hubieran llegado los funcionarios de Correos que prestan servicio en aquella Estafeta, y en el vestíbulo, donde suele dejarse la correspondencia de los señores diputados, cuando la Estafeta aún no está abierta, hallamos apiñadas ordenadamente junto a la puerta de entrada a los pasillos, según el volantito-pasaporte que las acompañaba, hasta *dos mil setecientas veintitrés cartas*...

—«Serían de Romanones»—pensarán ustedes, haciendo un guiño.

Pues no, señores; no eran de Romanones, ni

Biblioteca Nacional de España

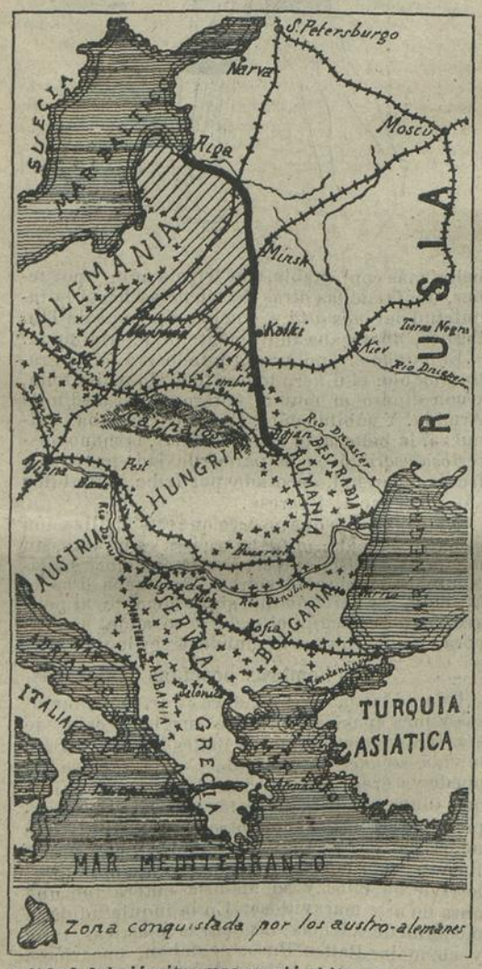
de Dato, ni de Maura, ni de Lerroux, ni de Melquíades Alvarez, ni de hombre alguno que por su posición y por su acción política pueda justificar tal correspondencia. Eran de Fulano... Eran del Sr. Alesanco, comerciante en paquetería, empresario del teatro Romea cuando actúan en él cupletistas, y diputado a Cortes por Madrid.

LA GUERRA

Todo el que haya residido en Francia algún tiempo, tendrá que confesar que la pesadilla de los franceses era el desquite. La espina del 70 la tenían clavada en el corazón, y hay que convenir que más digno de aplauso que de censura era el culto que rendían a los recuerdos de aquella catástrofe del pasado siglo, que al fin signo de virilidad es en los pueblos el que ansíen reconquistar lo que perdieron. ¿Pero cómo lograr aplastar a los alemanes? Hace tres años, una noche remontando el Sena, un gascón algo poeta, me dijo guiado por su fantasía meridional (que de arte militar estaba ayuno), el plan que a él se le había ocurrido para pulverizar a Alemania. La cosa era sencillísima... Figúrese usted que Alemania es una nuez ¿eh?... Está colocada entre los dientes de Francia y de Rusia, y, como usted comprenderá, todo es apretar un poco y ¡zás! la nuez está cascada. Yo me acordé de su paisano Tartarín, y él, si vive, es probable que recuerde ahora que en cuestiones de guerra es mala consejera la fantasía. Y ese era el plan, y no podía ser otro, y era bueno, pues Francia se dió cuenta de que hay que aliarse con el vecino de su vecino para triturar a éste, cogiéndole en medio si el caso llega; pero la nuez resultó que no era nuez, que no era una masa inerte, que se dió cuenta de cómo aguzaban dientes y molares para triturarla, y metiéndose en Francia primero y en Rusia después, abrió la gigantesca boca, por lo que, continuando con mi símil, permitáseme que diga que los aliados se quedaron con la boca abierta y con ellos los que mirando un mapa de Rusia y observando que su extensión es mayor, mucho mayor que la del resto de Europa, recordando a Espronceda, vieron a los cosacos del Don lanzando hurras y con sus caballos sin herrar galopando camino de Berlín.

Bueno es saber geografía para estas endiabladas y complejas cuestiones de la guerra; pero tampoco estorba la historia, y si a ella se hubiesen atenido los que oyeron los gritos de angustia de los alemanes desde el primer momento, más a derechas hubieran pensado, que la historia les hubiera dicho que hace poco más de dos siglos, hasta el advenimiento de Pedro el Grande, Rusia se encontraba en un estado de atraso tal, que bien podría comparársela con Méjico cuando fué conquistado por Hernán Cortés, y así se concibe que Carlos XII, rey de Suecia, con 8.000 hombres derrotara a los 100.000 rusos que en Narva había en 1700... ¡Brujería había sido tal derrota! Y los inocentes rusos pedían auxilio a San Nicolás para que les protegiera contra el demonio de los suecos. El hechizo estaba en la diferencia de cultura de ambos pueblos que se tradujo en el momento de luchar ambos, en que uno, el pequeño, tenía un ejército bien organizado y el otro sólo pudo presentar una masa informe de hombres.

Un salto en la Historia, que ya sé que es indigesto tal manjar y hay que huirde él en los periódicos como los rusos huían de los suecos. En la memoria de todos está una guerra bien reciente: la ruso japonesa; y en ella vuelve a repetirse la brujería de que un pueblo minúsculo da en tierra con el gigante en apariencia. Razón que explica la derrota. El pueblo monstruoso, por su superficie, carecía aún de vías suficientes de comunicación, de arterias por donde su sangre circulase, y los japoneses no tuvieron que vencer más que la mínima cantidad de energía que los rusos, gota a gota, pudieron lanzar por el transiberiano. Otro salto en la Historia, y ya estamos en el día de la fecha, haciéndose cruces unos, de que austriacos y alemanes acorralados por todas partes hayan podido tener a distancia a sus enemigos, y viendo otros cómo esa mandíbula superior constituida por Rusia se va a ir cerrando poco a poco sobre la inferior formada por Francia, y cogidas en medio dos nueces en vez de una, Austria y Alemania, que diría mi amigo el gascón, hasta aquí va a llegar el ruido del chocar de dientes y molares... No, ironías no; que si los rusos el pasado año después de haber entrado en la parte más oriental de Alemania (hacia donde está la última sílaba del nombre de esa nación en mi croquis) y haberse asomado a los Cárpatos soñando con llegar a Viena, tuvieron que retroceder perdiendo todo el terreno que he rayado en el dibujo que, como se ve, tiene aproximadamente una extensión igual a la de Servia y Bulgaria reunidas, ahí están de nuevo los rusos atacando desde Kolki hasta la frontera de Rumania en una extensión de unos 350 kilómetros (como de Madrid a San Sebastián aproximadamente), y puesto que han cogido los prisioneros a manta, y por contera los franco-ingleses, están en Salónica dispuestos a reconquistar Servia, ya pueden encomendarse a Dios austriacos y alemanes, que su última hora está próxima a sonar. ¡Bah! Los que recuerden el principio de la guerra no habrán olvidado que al caer sobre Austria-Hungría la casi to-



talidad del ejército ruso se vió obligada esta nación a batirse en retirada hasta los Cárpatos, y aunque los ejércitos de Servia y Montenegro existían entonces, esa raya negra fuerte que en el croquis he trazado para indicar la situación actual de alemanes y austro-húngaros demuestra que lo que pareció una horrorosa tormenta no fué sino nube de verano. En esta guerra gigantesca, por la extensión de los teatros de operaciones y por los ejércitos monstruosos que en los mismos se baten, hay que (para darse cuenta del desarrollo de la lucha), mirarla desde muy alto, desde muy lejos, y no fijarse en hechos que pareciendo grandes son nimios.

Búlgaros y turcos que en la pasada campaña de verano contra los rusos no pudieron intervenir en favor de los austro-alemanes en Europa, hoy si fuera necesario tienen el camino libre para acudir en su ayuda. La reconquista de Servia no es tan fácil como parece, que los franco-ingleses que intentaran desde Salónica subir hacia Belgrado tendrían a austriacos y albaneses en Occidente, a búlgaros y alemanes al Norte y al Oriente, y a los griegos al Sur, que bien claro está que estos últimos no están dispuestos a hacer el juego de los aliados. Y si los rusos, lo que no es de presumir, pues en el largo período de reposo tiempo han tenido los austro-húngaros de reforzar sus líneas fortificadas, de nuevo asomaran por Lemberg y llegaran a los Cárpatos y aún descendieran a las llanuras húngaras y hasta entraran en Viena (¡me parece que no me quedo corto en conceder!), no se olvide que los alemanes se encuentran situados desde Riga al Sudoeste de Minsk; que los rusos por muchos que sean no sólo atienden al inmenso fuerte europeo, sino que desperdigados están en Armenia y al Oriente de la Mesopotamia, y si se muestran en grandes masas contra los austro-húngaros, no podrán disponer de otras equivalentes frente a los alemanes, y no sería muy tranquilizador para los moscovitas que hacia Viena intentaran marchar, dejarse a un costado a las fuerzas de Hindenburg (las que hay hacia Riga), que sobradamente tiene demostrado que sabe aprovecharse las faltas de sus enemigos.

Mañana, y el mañana en la vida de los pueblos lo forman siglos, cuando Rusia haya desplegado todas sus energías, cuando obtenga de su suelo todas las riquezas que encierra, cuando el desarrollo de sus industrias la permitan libertarse de la tutela y el auxilio de los pueblos occidentales, éstos serán viejos, estarán gastados y la garrida moza no tendrá sino, siguiendo la marcha de la luz de Oriente a Occidente que ha seguido la humanidad también en las grandes invasiones de los pueblos, venir, si tal es su deseo a asomarse al Atlántico para oir la eterna sinfonía del mar libre al quebrarse entre las peñas por el que tanto suspiró. (Austriacos y alemanes a coro). Puesto que tan largo nos lo fían, ¡echa un cuartillo!

Armando Guerra

LA VITRINA DE CANALEJAS

El Museo de Artillería se visita aun menos que el Museo Arqueológico que es el más atestado de secretos impregnados de sabiduría.

El Museo de Artillería amedrenta un poco, se teme la boca negra de todos sus cañones, sus grandes salas de elefantes de trompa formidable. El Museo de Artillería es, sin embargo, muy interesante, no sólo porque se pueden ver de cerca torpedos y elementos de esta guerra que son lo que más nos acerca su visión, no sólo porque se pueden ver aquellos morteros absurdos—grotescos sapos—que disparaban ¡un adoquín!, y aquellas armas pintorescas—ametralladoras como de confección casera—que se emplearon en la guerra carlista, sino sobre todo porque en él hay unas cuantas vitrinas con las ropas de algunos grandes hombres asesinados, los hombres más inolvidables de la historia.

Esas vitrinas siempre son aterradoras y seductoras. Huelen a elols. Cerca de ellas se les respira y se les ve a través de su cristal como se vería a un ahogado en el fondo de un estanque cristalino. Se les siente familiares con uno, desde sus trajes henchidos de su vida. Si estamos solos en la sala de la vitrina hay un momento en que se nos aproximan tanto, que parece que va a darnos la mano la manga vacía de su levita. Una cosa hay además que nos abruma y que parte de estos despojos, y es que son como la representación más genuina de millones y millones de muertos, los muertos de su época. Hasta un poco de aire y de tiempo de aquel tiempo parece que hay en el fondo de esas vitrinas. Los trajes representan a los muertos más que sus huesos.

Las vitrinas de los que han sido víctimas de un atentado político son las que huelen más vivamente a la vida del muerto, un almizcle de pequeñas confirmaciones surge de ellas. Parece que de aquella metralla que los mató nos ha tocado una herida leve, pero una herida.

Un asesinado ha habido entre todos que nos ha emocionado más profunda y sombriamente, con una emoción rehogada en simpatía, Sadi Carnot. Era un hombre de aspecto dramático, agudo y negro como Cambó, y siendo así de suyo, al ser asesinado se agravó lo dramático que había en su rostro hasta ser patético. En la vida de Carnot hubo además una señal, una primera indicación más agravante, y es que un inventor de colchones mecánicos, antes de que le asesinaran de verdad, le disparó, sólo por el reclamo, un tiro falso, pues se descubrió que la bala estaba llena de trapos, ¡ah!, pero aquella

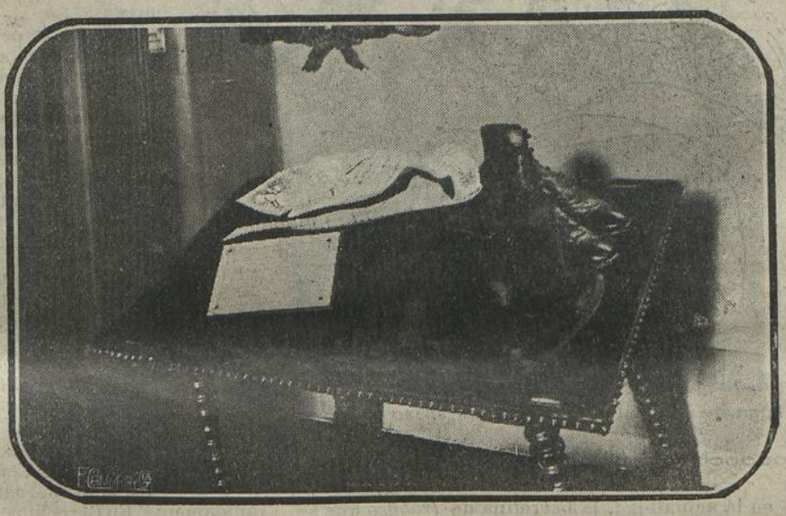
Biblioteca Nacional de España

bala nadie me quitará de la cabeza que le predestinó, que *le indicó*. Sadi Carnot, por todo eso, y por que hemos visto en el Museo de Madame Tussaul's y en el de Grevin su busto en cera, con su rostro pálido, negro y ganchudo, de esos rostros que se agarran al espíritu, no le olvidaremos jamás, y será el asesinado presidente de los demás asesinados por atentado político. (¡Oh, hasta que no tengamos un museo de figuras de cera no tendremos verdadera historia de España!)

¡Cuánto hablaríamos de todo esto! Pero hay que volver al Museo de Artillería. ¿Por qué están en este Museo estas vitrinas? ¿Es que les mató la artillería a estos hombres?

Las prendas de Daoiz y Velarde resultan lejanas, dudosas, no tienen sangre, son como sus prendas de domingo, las que tenían en el fondo del baúl. Las de Prim ya están bien, tienen sangre—toda una manga chorreando—y palpitan como por una superviviente idea de la libertad, porque cuando un hombre fué un verdadero liberal, la noción de él persiste vibrante como ninguna. Prim, además, fué asesinado por unos enmascarados lo cual le hace altamente novelesco. Se le recuerda yacente, visitado por Amadeo, erguido, en una actitud ibseniana, y junto a sus trajes está su coche, el coche en que lo asesinaron, ese coche agujereado y desconchado por las balas—los grandes faroles intactos—a cuya ventanilla nos hemos asomado de chicos y de mayores buscando las huellas trágicas en la seda de su enguatado, respirando el susto de muerte que aún hay suspenso en su interior y viendo a Prim caído a un lado con la leopoldina—aquella chata leopoldina—torcida y la frente enflecada de sangre.

Pero esos elementos y esas vitrinas son muy conocidas. Pasemos delante de ellas y parémonos en la vitrina reciente, en la vitrina *que parece mentira*, en la que guarda el traje, el sombrero y las botas que usaba Canalejas el día que le mataron. Es la vitrina del hombre civil y por eso nos conmueve más. Entre ella y la de Prim hay algo como un diálogo, como una simpatía pues él y Prim fueron los hombres que desde el poder intentaron la libertad y fueron asesinados.



Las ropas que vestía Canalejas el día en que fué asesinado.
(Foto obtenida anteayer por Ortiz)

Allí están preservadas por el alcanfor eterno—ese alcanfor fuerte y concentrado de las vitrinas—las prendas usuales del primer demócrata que gobernó a España, un ser raro e inaudito. Allí están transformadas en prendas históricas—el sastre debe sentirse orgulloso—por uno de esos carteles de museo escritos en un estilo y con un número que dan toda la autenticidad a los despojos. Yo no conocía a D. José ni falta que me hacía. Yo le veía de lejos, con esa perspectiva que siempre debía mediar entre todo y uno, y me parecía un hombre sensato, condición inestimable en este pueblo de insensatos. Don José Canalejas tenía una idea sincera de la realidad, y aunque fué un preso de Estado en el poder, esperaba la hora de la libertad. Un ser imprudente cortó su vida, sin gracia, ni elevación, ni oportunidad, con una impertinencia abrumadora. En aquel atentado no hubo ni estética, ni moral, ni sentido, fué sencillamente estúpido, erróneo, imbécil, cosa ciega, cosa de jabalí.

Por todo eso, las prendas de vestir de Canalejas enternecen sinceramente. Está su levita, su chaleco, sus pantalones, su sombrero de copa, sus botas. Todo reunido y engurrañado en poco espacio, algunas prendas enseñando familiarmente los forros ingenuos, los forros listados, tan dulces y ajenos al crimen. Parece que el ayuda de cámara ha dejado sobre el sillón de junto a la cama del señor que duerme, todas las prendas que a la mañana se debe poner, aunque un terrible descuido que se nota en ellas hace desechar esa suposición. El sombrero de copa está despeinado después de su caída mortal, y por el roce de las manos casuales que lo elevaron del suelo en que se desnucó ruidosamente. La levita y el pantalón no están mal; pero el chaleco tiene ensangrentado el ribete blanco, aquel ribete de piqué que se abotonaba al filo del chaleco, y en esa sangre pálida, antigua, roñosa, de un tono claro ribeteado de oscuro, está todo el relato, toda la expresión del suceso, está como en el pentagrama la música descriptiva y reveladora del suceso. Las botas de caña, dobladas como se doblan para meterlas en la maleta, tienen un aspecto lamentable, caen sus cuellos con una languidez de cuello de pavo muerto y sus punteras son demasiado largas y anticuadas; ¿por qué han metido sus botas en la vitrina? No nos lo explicamos; pero quizás en el porvenir tengan un gran valor estas botas tumefactas y vulgares.

Así—hoy por hoy—las b tas de Canalejas resultan unas botas de vagabundo, esas botas que se echan a la espalda los caminantes.

¡Qué tristes y qué solitarias estas prendas y a la vez qué acompañadas! El polvo que guardan parece como el polvo que guardan las urnas cinerarias. En el sombrero pasado de moda, de ala plana, de copa ancha, demasiado grandote para un hombre bajito, parece que aún quedan ideas, un enjambre de ideas y cosas, una sarta de cosas, como en los sombreros de copa de los prestigitadores. En la levita hay como un noble pecho, pero falta la cartera; ¿por qué le robaron la cartera o por qué se la quitaron? La cartera debía quedar intacta en su bolsillo, con sus iniciales de oro, la última recomendación, los billetes, las tarjetas, el almanaque anotado y ese papel—un prospecto, la cuenta de una cena, cualquier impreso—del que cien veces que se revise la cartera no se podrá desprender de ella. En el chaleco falta el dinero menudo con el que él correspondía a un sablazo y se compraba una cajetilla, y también falta el reloj con su correspondiente cadena y dije, el reloj al que en secreto debía dar cuerda todos los días el conserje, al mismo tiempo que embetunase las botas dándolas esa vida parlante y patosa que sólo adquieren en la mano del criado y haciéndolas perder así ese tono mate y agrisado del embetunado antiguo.

Todo tiene un gran tono de prendería. El traper sostiene la vitrina. Y de pronto se piensan cosas que no se sabe si poner en limpio. Por ejemplo, nos preguntamos: ¿Por qué no están aquí los lentes que no se quitaba nunca y que se ajustaba siempre como clavándoselos con una *chinche* en el entrecejo? ¿No sería como si se conservase así algo de la penetración y de la personalidad de sus ojos vivaces?

Al fin, después de mucho mirar al fondo de la vitrina y de sortear sus reflejos, se le ve a don José vestido de estas prendas, más que en medio de la vida política, estéril y como inexistente, se le ve en la nítida mañanita de Madrid con ese cielo radiante que casi siempre se levanta sin ojeras, a las siete de la noche, como si no hubiese asistido al pasaje, cuando él salía sólo a darse un paseo se desayunaba con chocolate en casa de doña Mariquita, y compraba un periódico, que a esa hora es como una hogaza reciente, o como un churro caliente y refrigerante que se moja en el desayuno y que hace tan grata y tan completa la mañana.

¡Vitrina de D. José que nos turba por ser de un muerto contemporáneo, porque sus prendas han deambulado entre nosotros, porque nos ha mostrado el secreto de ese paso misterioso e inconcebible entre el hombre de la calle y el hombre de la vitrina, y porque en esa vitrina tomamos sitio todos los contemporáneos, estaremos representados en ella para los futuros, transeuntes de museo fríos y curiosos!

Ramón Gómez de la Serna

LA BATALLA NAVAL DE SKAGER RAK

No cabe ya duda de que la escuadra inglesa ha sido derrotada por la alemana. La proporción probable de la pérdida de tonelaje es aplastante: 120.000 toneladas los ingleses contra 25.000 los alemanes.

Pero hay otros datos. Resulta ridículo el que se diga que la escuadra alemana fué a buscar a la inglesa, cuando la geografía nos enseña que los barcos británicos se alejaron a 600 millas de sus puertos aproximándose a las costas alemanas. ¿Con qué propósito? Sin duda para sorprender al enemigo y realizar algún rápido bombardeo como aquellos varios que Alemania verificó con tanta fortuna hace poco en las costas de Inglaterra. El enemigo estaba alerta y no permitió que la escuadra inglesa se entretuviese en tirar al blanco sobre las poblaciones alemanas del litoral, aparte de que se encontraban defendidas por un bien sembrado campo de minas, que por lo visto no tienen los ingleses en sus costas.

También es absurdo el suponer que el plan germano fracasó. Si alguien lo tenía eran los ingleses. El plan de los alemanes consistía sencillamente en rechazar la aproximación de la escuadra enemiga y esto lo lograron haciendo que volviese grupas hacia sus puertos después de perder no pocas unidades durante el combate.

La flota inglesa es superior a la alemana en la proporción de una a tres. ¿Por qué no evitaron los ingleses que los barcos alemanes fuesen más numerosos que los suyos? Dice un periódico inglés que «Inglaterra no ha tenido ocasión de realizar su plan». Pues ¿para qué ocasión guarda su enorme escuadra? Un error de táctica basta para originar una derrota.

El primer movimiento de la opinión inglesa calificó de derrota la batalla. El mismo Almirantazgo la anunció como un desastre para sus naves. Después se ha rectificado presentándolo como una victoria y suponiendo que la escuadra alemana se retiró vencida a sus puertos.

No hay nada de eso. Mientras la escuadra alemana superó o igualó a la del enemigo, sostuvo bravamente el fuego; al ver llegar los refuerzos ingleses de grandes acorazados sin dejar de combatir, volvió a su base de operaciones, adonde no fué perseguida por los ingleses, que ya contaban con evidente superioridad de fuerzas, que hubieran podido avanzar de no haber determinado la retirada.

No se ha vuelto a saber nada de esa escuadra hasta que un torpedo alemán sepultó en el mar al acorazado *Hamsphire*, que llevaba a bordo al generalísimo Lord Kitchener y a su Estado Mayor, nuevo y grave contratiempo para las armas británicas, que es muy de lamentar.

Celebraré equivocarme en honor de la humanidad; pero me parece haber oído como un suspiro universal de satisfacción al conocerse la noticia de esas catástrofes inglesas. A todo el mundo le pesaba ya lo del matonismo naval de la Gran Bretaña.

Y llegó eso al extremo de que, Gustavo Hervé, un francés y en Francia, en su periódico *La Victoire*, lanza su grito de júbilo ante la derrota inglesa, lo que induce a creer que en el fondo del alma francesa persiste el antiguo odio al inglés, hoy su dulce aliado.

El corazón humano es muy singular. Hombre hay que se entristece con la muerte de un mosquito y que en tiempo de guerra ve impasible el esterminio de un millón de hombres. Y cuando se trata de compatriotas, se consuela pronto pensando que han muerto por el honor y la gloria de la patria. No son dignos de aplauso esos sentimientos poco humanitarios, pero el hombre sigue siendo el lobo del hombre.

Hispanus

Biblioteca Nacional de España

LA BARRETINA

Creemos hoy de una gran utilidad dar en este trabajo un resumen de los estudios que tenemos hechos sobre el gorro típico que se cree de origen catalán, los cuales formarán parte del libro que estamos escribiendo sobre la indumentaria del antiguo Reyno de Aragón el cual predominó en todo el Mediterráneo durante la Edad Media.

* *

Si yo fuera un escritor de la España sub-ibérica y este gorro fuera el tradicionalmente usado en aquellos países, escribiría este artículo empezando con lo de «Símbolo sacrosanto de la patria, augusto gorro; tú, que has conducido los más valientes entre los valientes a ensanchar nuestro bendecido imperio y a implantar nuestras inmortales instituciones por esos mares mediterráneos; tú, que has hecho temblar a las huestes musulmanas, a las de los reyes Francos y a las de un Emperador universal, cuando ya había extendido sus dominios sobre toda Europa; tú, que en Atenas y en Bizancio detuviste la caída de uno de los últimos restos del a antigüedad que iban a desaparecer ante las huestes de Atila y las de los turcos; tú, que en Lepanto, etcétera, etcétera.. »

Pero como yo soy catalán de raza, cruzado de aragonés y de espíritu universalista, al escribir sobre la *barretina*, voy a ocuparme sencillamente de su origen y de una de sus falsificaciones o desviaciones forzadas, que muchos toman como una de sus modalidades esenciales históricas, siendo tan sólo de origen reciente y represivo o *antibarret nesco*, y permitásenos lo extravagantedel vocablo.

* *

La barretina tiene el mismo origen que el *barretto rosso* de los pueblos de la costa de Nápoles y de Sicilia, que el *gorro frigio* de los antiguosgriegos y que el *casquete turco;* y este origen se emonta a la más alta antigüedad histórica, a rmuchos siglos antes de Jesucristo.

En los tiempos de Troya ya lo usaban la gente de mar. En tiempo de Solón, y luego en el de Pericles, lucianla los marineros del Pireo. Y los sirios y los caldeos la mitra que usaban, roja, blanca o azul celeste, era sólo una barretina de un grueso tejido de lana muy batanado, como un fieltro, que la llevaban derecha, con la parte superior hundida, formando toda ella un alto cono truncado, con un reborde en la parte superior. La parte baja estaba vuelta y era de otro color y aun bordada, y se le añadían atrib itos simbólicos como alas, varias series de cuernos formando una diadema de metal dorado, etc. El cono a veces estaba sembrado de estrellas. La tiara persa no reconoce otro origen, sólo que era recubierta de planchas de oro o plata y a veces rellena, en parte, de estopa, sin hundirle la parte hemisférica superior, lo cual le daba la forma bombacha de tiara.

Los frigios y luego los griegos, inclinaron la parte superior sobre la frente, tal como nuestros ampurdaneses, bajando la parte posterior como una cogotera y cortando los costados en forma de carrilleras, que los días de viento venían a atarse debajo de la barba para sujetarla mejor.

En la época griega-alejandrina extendióse a todos los pueblos de las costas mediterráneas y su color fué ya el de grana o encarnado purpúreo.

Esa gorra, en forma de manga cerrada por un extremo, vino a doblarse de otro, igual de forma y de tejido, pero de otro color que le sirvió de forro de abrigo, y así continuó durante toda la Edad Media y el Renacimiento, llegando hasta nnestros días.

Durante la Edad Media se extendió al resto de Europa, y más corto o más largo, más redondo o más puntiagudo, puesto derecho o doblado, afectando varias formas, algunas muy originales, fué el cubre-cabezas de todos los menestrales y hasta de los caballeros. Terminando en punta la parte superior y ensanchada la parte baja en forma de gran campana, se le practicaba a la altura de un palmo y medio un corte vertical, y sacando por allí la cara, caía a las espaldas en forma de capuchón, cuya falda cubría los hombros. La parte baja se la festoneaba, recortaba o bordaba. A veces se la dejaba caer completamente a la espalda en forma de larga capucha. Tales eran las formas que se usaban en Florencia y en Venecia. Otras veces se metía la cabeza por el corte longitudinal, se levantaba en alto la parte baja festoneada a pliegues, y la manga se envolvía a su alrededor como un turbante. Esta forma se halla reproducida en varios retablos y nadie diría que es una de las formas de la barretina. En Provenza y en Cataluña y aun en Francia y en Flandes, se llevaba, como en la actualidad, la barretina de *trabuco* que se usa en al Ampurdán. La vuelta se adornaba con bordados y aun preseas de valor. Y en caso de guerra, sobre todo en las repúblicas italianas, se llevaba corta y derecha como un alto casquete turco actual, rellenándose de estopa dentro para que hiciera más llevadero el casco y amortiguara los golpes recibidos durante la pelea.

Los turcos, al apoderarse de Bizancio, se ampararon también de tal gorro, y lo usaron extremadamente largo y echado hacia atrás, llegándoles hasta cubrir los riñones. Delante, en la parte de la vuelta que la llevaban mu estrecha, fijaban los jefes una presea con pedrería o con gruesas perlas, de la que se levantaba por encima de una media luna de oro con las puntas hacia arriba, una gran pluma, y aun un plumero con *aigrettes*.

Sólo después de mucho tiempo la recortaron terminándola con una borla y dejándola reducida a la categoría de casquete, suprimiéndole plumas y joyas, forma que hoy hase modificado, elevándose y tendiendo a la antigua mitra, oscureciéndose su color grana hasta llegar a ser carmín y suprimiéndosele la borla.

Al alargarse la barretina en la cabeza de los turcos, la marinería italiana, sobre todo la napolitana y la siciliana, alargóla también, pero no tanto. Usose entonces con una vuelta de dos dedos de ancho, dejada caer a un lado hasta tocar el hombro. Los catalanes siguieron la misma moda a mediados del siglo XVII, más bien los campesinos que la gente del mar, la cual continuó usándola a lo frigio, o de forma de trabuco con vuelta ancha, casi siempre negra. No obstante, al extenderse a Valencia la vuelta y por ende el forro interior volvióse blanco, al igual que la faja que se usaba en aquellas playas. Y en ciertos puntos verde, de un verde claro de hierba.

No hay más que leer a Melo en la descripción que hace de los catalanes cuando la guerra del 1640. En Cataluña los marinos en señal de luto la volvían toda del revés, y así les resultaba un gorro negro. Los más jóvenes cuando iban a casarse, ponían se uno que fuera doblado de blanco y volviendo lo de dentro a fuera les resultaba una barretina blanca con vuelta encarnada que decoraban del lado izquierdo con un pomo de matizados claveles que salían de la vuelta a guisa de plumero.

Tanta boga alcanzó este tocado de la cabeza, que en Cataluña lo adoptaron los marinos portugueses al declararse independiente Portugal de España, a mediados del siglo XVII.

La *granadera* y el Kaulbak en Austria y en Rusia, no son más que otras dos formas de *barretinas*. La primera es una barretina roja como la nuestra, que se la ha circuido de una alta diadema de latón dorado con las insignias de la nación o del cuerpo repujadas.

El Kaulbak es una barretina cuya parte interior está forrada de astrakán, haciéndole una alta vuelta al estilo de la mitra asiria, quedando la parte del gorro rojo dentro o cayendo a un lado. La *cuartelera* primitiva fué lo mismo, solo que el gorro terminaba en punta que se escondía dentro de la vuelta, estando por dentro forrada de paño de distinto color. La vuelta tenía un corte delante y por este corte salía la borla.

En la época de la guerra de la Independencia contra los ejércitos de Napoleón I, los guerrilleros catalanes en general usaban la barretina larga y echada hacia atrás. Los marinos y los de las costas continuaban con su forma de frigio o de «trabuco», con ancha vuelta negra, pero en todo caso el gorro continuaba siempre siendo de un hermoso color de escarlata, tinte que sólo en Olot sabían darle.

Pero hete aquí que en la primera mitad del siglo pasado entraron en Cataluña las ideas democráticas de Francia, acentuándose a partir del final de la primera guerra carlista. En 1810 en Cataluña, había ya tendencias francamente republicanas.

Abdón Terrades Coello, y después Clavé, formaron Asociaciones democráticas, tendiendo más o menos manifiestamente a la República.

En el Ampurdán la idea se extendió rápidamente. En Barcelona el movimiento llamado la *Jamancia* con la proclamación de la *Junta Central*, no obedeció a otra tendencia. Así caído el Gobierno del general Espartero, sucedióle el conservador del general Narváez, para dominar lo situación. Y éste mandó a Cataluña de capitán general al barón de Mer, un militar hijo de un antiguo legitimista francés emigrado y refugiado en España en la época de la primera República francesa. Y éste, que tenía un odio feroz a todo lo que a República y democracia tendiera, empezó la represión por varios medios.

Por el relato fidedigno de mi padre, entonces joven, y de mi abuelo, viejo marino que vivía en una de las poblaciones marítimas de la provincia de Tarragona, sé lo que voy a contar, que es el verdadero y genuino origen de la «Barretina morada» o *musca*, como después se la llamó, que aún sigue usándose en las provincias de Tarragona y de Lérida, y que ahora muchos catalanistas equivocadamente creen de la más alta antigüedad en Cataluña.

Pues bien; al proclamarse la segunda república en Francia, hubo aquí conatos de imitar movimiento, y se levantaron algunas partidas republicanas en la Costa y en el Ampurdán. Era entonces que empezó a cantarse aquello de

«Ja la campana sona»,
«ja lo cané retrona»
«Aném, aném»,
«república voldriam»,
«aném, aném»,
«república tindrém..., etc., etc.»

. . . . . .

(Canto debido al célebre poeta y músico Abdón Terrades.)

Como era natural, estando estas pequeñas partidas de exaltados formadas por jóvenes del Ampurdán o de la Costa, llevaban todos ellos el usual gorro rojo catalán al estilo frigio.

Entonces fué cuando el barón de Mer, dió un bando castigando con pena de muerte a todo

LA VUELTA DEL SOLDADO

La señora, que acaba de alumbrar dos negritos: —¡Infame, mal marido! Ahí tienes la prueba de tu falta. ¡Me habías engañado con una negra!...

(De *Le Rire.*)

Biblioteca Nacional de España

aquel que las columnas volantes que se organizaron en persecución de los sublevados, le hallaran, pasado el término de tres días a partir de la fijación del bando, usando «la roja barretina» (*cebanet des brigands*, como él lo llamaba).

Los marineros inmediatamente volvieron sus gorros del revés, luciendo el forro negro, blanco o verde, y sin vuelta, para que ni siquiera asomara el rojo. Los del campo y los de la montaña apelaron al primer medio que tuvieron a mano para teñirla. Echaron sus barretinas rojas en cubos de vino negro, y una vez escurridas y secas, las plancharon, resultándoles de un morado obscuro. Y para que en nada se parecieran al gorro republicano ni por asomo, la mayor parte les plegaron la parte superior en forma de ladrillo o de medio ladrillo triangular, que les diera sombra a la cara. Así les resultó una barretina completamente diferente de la antigua, que llamaron morada o *musca*.

Luego los fabricantes de barretinas ya las tiñeron de ese color violáceo obscuro y las vendieron así.

Pero el 54 volvió a proclamarse la libertad, subiendo Espartero con O'Donell al poder, y hete aquí que toda la provincia de Gerona, parte de la de Barcelona y toda la costa catalana volvió a lucir la clásica barretina roja. Y desde entonces la ha continuado usando.

El mismo Gobierno del general O'Donell, en 1860, a petición del general Prim, ordenó que la usaran los batallones de voluntarios catalanes que fueron a Africa, llevándola roja con vuelta negra, la tropa; con vuelta azul, los jefes, y con vuelta blanca, los ayudantes y cornetas.

Y después de la Revolución de septiembre aún se extendió más por el campo y por la costa, usándola casi todos los cuerpos francos y milicias voluntarias.

* *

Esta es la historia abreviada de la barretina y sus variantes, y el origen de la morada, que muchos creen antiquísima (haciéndola figurar hasta en el teatro en representaciones de dramas que pasan en la Edad Media), como signo de catalanismo, siendo sólo un resultado de la represión de ciertas ideas avanzadas, que se creyó equivocadamente que estaban simbolizadas en la *barretina vermella*.

* *

En resumen, diremos que la barretina catalana no es una gorra inventada en Cataluña ni originaria de nuestro país. Data de la más alta antigüedad en el Mediterráneo y se extiende a todas sus orillas; entra en Oriente, y allí adopta formas distintas. En la Edad Media invade toda Europa.

Sus formas, diferenciándose cada día más en los pueblos no latinos, pasan a constituir gorros distintos, como el «casquete», turco, arábigo, egipcio, el «kaulbak» ruso, la «granadera» austriaca, la «cuartelera», etc., etc... En general, es siempre un gorro rojo.

Pero en 1848, confundido con el «gorro frigio», símbolo de la República, motiva su prohibición, y aparece la *barretina musca* o *morada*, que queda como una de sus últimas formas.

Pompeyo Gener

Barcelona, 4 junio 1916.

SASTRERIA DE ANGEL MARTINEZ

LA MODA

ESPECIALIDAD EN TRAJES DE ETIQUETA Y SPORT

Príncipe, 18, entresuelo

En el Establecimiento tipográfico de la Casa UNGRIA, donde se imprime esta Revista, se hacen catálogos ilustrados de alta fantasía y toda clase de trabajos gráficos artísticos, así en la Imprenta como en la Litografía.

Nuestros equitativos precios y la elegancia y perfección de los trabajos que ejecutamos nos han traído tanta clientela, que hemos tenido que aumentar considerablemente los elementos de producción.

UNGRÍA, PLAZA DE LA ENCARNACIÓN, 2

Teléfono 3.612

Plebiscito para la formación de un Gobierno Nacional

Para inaugurar la serie de Concursos y Consultas que LA SEMANA tiene en proyecto, hemos creído que excitará la curiosidad del público—y aún realizará una elevada misión patriótica, en estos momentos en que como consecuencia de la grave cuestión internacional, más difícil para España cada día, bien pudiera ser sustituído muy en breve el actual Gobierno liberal por otro integrado por las más prestigiosas personalidades del país—el convocar a un plebiscito para la formación de un Gabinete Nacional.

A tal fin, proponemos a cada uno de nuestros lectores que nos diga con toda sinceridad qué personalidades eligiría si estuviera en su mano la designación de un Gobierno.

Aleccionados por el ejemplo y la experiencia de concursos muy semejantes convocados por *A B C* en otro tiempo, esperamos que el público responderá a nuestro llamamiento, y creemos que el resultado del plebiscito no podrá menos de ser significativo e interesante.

BASES PARA EL PLEBISCITO

1.ª LA SEMANA ruega a sus lectores que emitan su voto para la formación de un Ministerio Nacional escribiendo en el talón que va al final los nombres de aquellas personalidades que, a juicio de cada votante, podrían, con mayor provecho para España, encargarse de la gobernación del reino.

2.ª Los talones deberán llevar al pie la firma del lector que se presente al concurso y las señas de su residencia y domicilio. Sin este requisito serán inutilizados.

3.ª Estos talones acompañarán a varios números de LA SEMANA y serán nulos todos los sufragios que no vengan extendidos en estos talones, para lo cual deberá el votante cortar el talón, llenarle con los nombres de sus candidatos, firmarle y remitirle *en sobre abierto como impreso*, franqueándole con un cuarto de céntimo, al señor Director de LA SEMANA, Carrera de San Jerónimo, número 10, Madrid. Los lectores de Madrid podrán también depositar su respuesta, depositada en sobre cerrado, en la portería de nuestras oficinas.

4.ª Las personas cuyos nombres figuren en la candidatura deberán ser españoles y vivir en la actualidad. Serán inutilizados los talones en que figuren nombres de personas en cuya designación haya manifiesto propósito de broma o mortificación.

5.ª El plazo para admitir talones a la votación se cerrará el día 20 de Junio del corriente año, a las doce de la noche.

6.ª En el caso de que antes de esta fecha las complicaciones internacionales exigiesen la formación de un Gobierno con el carácter de Nacional, en el acto de su constitución se considerará cerrado el plebiscito, se examinarán las respuestas recibidas ante notario y se adjudicará el premio ofrecido al votante o votantes que coincidan con la designación de personas que se haya hecho, o al que más se aproxime a ella si ninguno acertase totalmente.

7.ª LA SEMANA otorga un premio consistente en **una elegante cartera de piel de Rusia con 250 pesetas en billetes del Banco de España** al votante que haya firmado una candidatura cuyos nombres coincidan con los que resulten del escrutinio y formen la condidatura triunfante.

El recuento de votos y el escrutinio se verificarán en las Oficinas de LA SEMANA ante un notario del Colegio de Madrid y testigos competentes para ello, y una vez proclamada y publicada la candidatura triunfante se procederá a buscar la que haya o las que hayan coincidido con ella. Si son varias, el premio se sorteará entre ellas inmediatamente; y si no hay ninguna que coincida, se otorgará *la cartera con doscientas cincuenta pesetas* al firmante de la candidatura que más se aproxime a la triunfante.

Inútil es decir a nuestros lectores que para nada han de tener en cuenta la significación política de los personajes a quienes designen, puesto que se trata de elegir, no un Gabinete político, sino propiamente un Gobierno Nacional.

Córtese el talón por esta línea de puntos. Se recomienda la claridad en la letra.

.....

PLEBISCITO DE **LA SEMANA**

CANDIDATURA PARA UN MINISTERIO NACIONAL

Presidente del Consejo de Ministros .....

Ministro de Estado .....

Ministro de Gracia y Justicia .....

Ministro de Hacienda .....

Ministro de la Gobernación .....

Ministro de la Guerra .....

Ministro de Marina .....

Ministro de Instrucción Pública .....

Ministro de Fomento .....

FIRMA DEL LECTOR,

que vive en ..... provincia de .....

calle ..... núm. ..... cuarto .....

Biblioteca Nacional de España

Primer año. Núm. 4 — Ejemplar: 10 céntimos — SÁBADO 10 Junio 1916

En el próximo número publicaremos originales de
RODRIGO SORIANO
TOMÁS BRETÓN
MARCELINO DOMINGO
CARMEN DE BURGOS
ROBERTO CASTROVIDO
"EL CABALLERO AUDAZ"
"DON PÍO"
y otros

LA SEMANA

REVISTA POPULAR 10, Carrera S. Jerónimo, MADRID

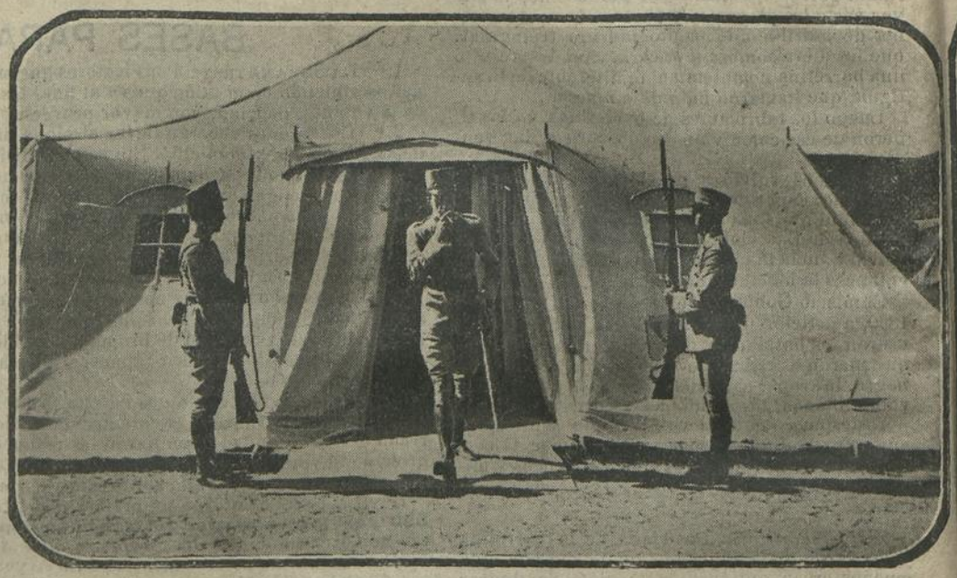
UN MAUSOLEO

Mausoleo del doctor Laguarda, instalado en la iglesia del Carmen, de Barcelona, e inaugurado el pasado domingo con asistencia del obispo y de las autoridades civiles. *(Foto Pérez Rozas.)*

CONCURSO DE GANADO

Caballo de la ganadería del ex diputado D. Alfonso Higuero, que en el Concurso celebrado recientemente en Cáceres, ha obtenido el primer premio. *(Foto Prado.)*

EL REY Y LOS ALUMNOS DE INFANTERÍA



S. M. el Rey, saliendo anteayer mañana de la tienda de campaña en que pernoctó en el campamento de Ballesteros, donde están en prácticas los alumnos de Infantería.

El Rey, con su guardia de honor.

D. Alfonso pasando revista a los alumnos, acompañado del director de la Academia, señor Marzo. *(Fotografías obtenidas por nuestro redactor D. Luis R. Marín.)*

Biblioteca Nacional de España